

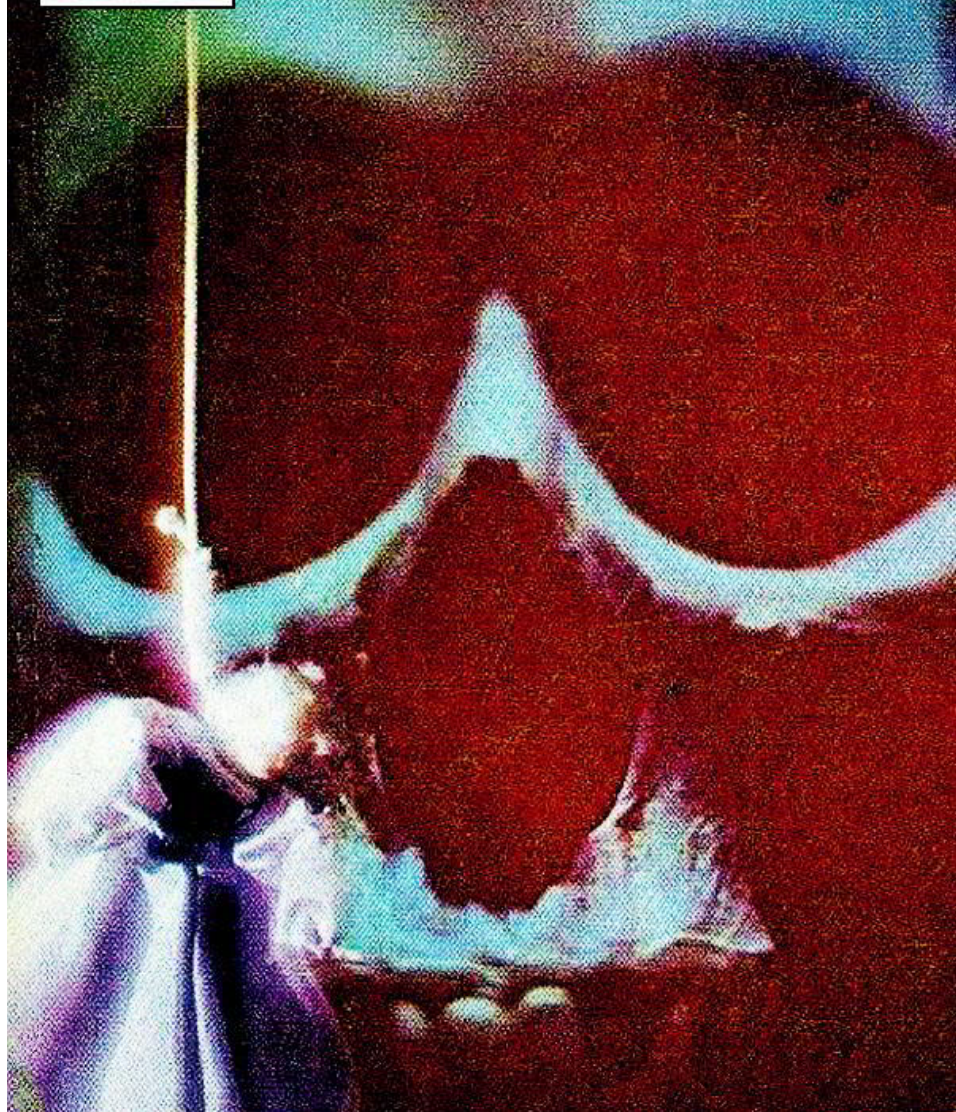
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

MUNDO FELIZ

Lou Carrigan



La pareja se veía perfectamente centrada en los prismáticos. Descendían por la ladera de la gran montaña, lanzados a tremenda velocidad sobre sus esquíes. La nieve, de cuando en cuando, saltaba pulverizada al hacer movimiento de cambio los esquiadores. Se veía como una mancha blanca y sonrosada de sol, por sólo un instante. Inmediatamente, volvía a estar sobre la gran capa que cubría la montaña.

Todo era nieve en aquel lugar de Sun Valley, California. Nieve, abetos, y un hermoso sol de invierno que resultaba suavemente cálido, muy agradable.

Los dos hombres estaban tendidos en ella, boca abajo. Llevaban equipo de esquiador: gruesos jerseys, sólidos anoraks, pantalones de lana oscura, fuertes botas, gorros de lana a rayas... Los esquíes se veían a un lado, sobre la nieve. Ahora, ambos se dedicaban a otra actividad que parecía menos pacífica, y desde luego menos deportiva que esquiar.



Lou Carrigan

Mundo feliz

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1427

ePub r1.0

Lds 22.11.18

Título original: *Mundo feliz*

Lou Carrigan, 1977

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

La pareja se veía perfectamente centrada en los prismáticos. Descendían por la ladera de la gran montaña, lanzados a tremenda velocidad sobre sus esquíes. La nieve, de cuando en cuando, saltaba pulverizada al hacer movimiento de cambio los esquiadores. Se veía como una mancha blanca y sonrosada de sol, por sólo un instante. Inmediatamente, volvía a estar sobre la gran capa que cubría la montaña.

Todo era nieve en aquel lugar de Sun Valley, California. Nieve, abetos, y un hermoso sol de invierno que resultaba suavemente cálido, muy agradable.

Los dos hombres estaban tendidos en ella, boca abajo. Llevaban equipo de esquiador: gruesos jerseys, sólidos anoraks, pantalones de lana oscura, fuertes botas, gorros de lana a rayas... Los esquíes se veían a un lado, sobre la nieve. Ahora, ambos se dedicaban a otra actividad que parecía menos pacífica, y desde luego menos deportiva que esquiar.

Uno de ellos estaba mirando con los prismáticos. El otro tenía un soberbio rifle en las manos. Un arma potentísima, con mira telescópica, mecanismos de precisión, culatín en el centro para la mano, izquierda del tirador... Junto a éste, se veía una funda, de lona gruesa, de la cual había sido extraída la eficacísima arma.

—Ahí vienen ya —dijo el de los prismáticos—. ... Un poquito más pronto que ayer, parece.

El del rifle se lo echó al hombro, y miró por el potente sistema telescópico, que recogió en su único visor a la pareja. Un hombre y una mujer. Estaban cada vez más cerca del pie de la montaña, en uno de cuyos puntos estratégicos, bajo unos abetos cargados de nieve, estaban los dos hombres. El del rifle asintió levemente con la

cabeza.

—Casi podría disparar ahora —dijo.

—Nada de eso. Sin riesgos. Espera a que lleguen al final de la pista. Igual que ayer y anteayer, se quitarán los esquíes, y se dirigirán caminando y besándose por el camino, hacia el telesilla, para volver a lo alto. Lo están pasando muy bien.

—Bueno —dijo el del rifle—... Es su luna de miel, ¿no? Tienen derecho a divertirse y besarse. Lástima que la mujer no interese.

—Fue estudiada, y no reúne las debidas condiciones. Casi siempre es así... ¿Estás listo?

—Sí.

El del rifle se acomodó mejor el arma, y fue siguiendo el descenso de la pareja. En pocos segundos, llegarían al pie de la montaña, ya un poco frenados, esquiando de lado en grandes curvas con tendencia a la ascensión que detenía su gran marcha hacia el fondo del valle.

—Llamaré al helicóptero —dijo él de los prismáticos.

Sacó una pequeña radio, y la accionó. Enseguida le contestaron.

—¿Todo bien? —preguntaron.

—Sí... Según lo previsto. Ellos llegarán al fondo de la pista en menos de cinco segundos. ¿Estáis listos?

—Completamente.

—Pues salid ya hacia el punto previsto. Eso es todo.

Cerró la radio, y la dejó sobre la funda del rifle. Volvió a mirar con los prismáticos. La pareja había llegado ya al final de su velocísimo recorrido, y se les veía reír alegremente. La muchacha era muy bonita, casi diez años más joven que el hombre. Jadeaba mucho, como cansada. Llevaba un bonito jersey rojo con rayas blancas y azules...

—Primero ella, recuerda —musitó el de los prismáticos.

El del rifle no contestó. Estaba concentrado en el disparo. Su blanco estaba nada menos que a quinientas yardas, o poco menos, algo por debajo de ellos. Hacía falta ser un tirador de lo más excepcional para estar dispuesto a cumplir su trabajo a aquella distancia...

Se oyó un seco chasquido suavísimo; apenas como el de una astilla al quebrarse. El que miraba con los prismáticos vio perfectamente cómo la mujer se llevaba de pronto las manos al

pecho. Ni siquiera un segundo más tarde, caía como fulminada. El hombre dejó de quitarse uno de los esquíes para acercarse a, ella, precipitado, asustado. Se arrodilló en la nieve, e incorporó a la muchacha. Sus labios se movían, pronunciando un nombre... Debía gritar, asustado, pero la voz no llegaba, hasta los dos emboscados.

—Deprisa —dijo el de los prismáticos—. Ahora, él. Puede haber otros esquiadores que madruguen también, como ellos.

Se oyó de nuevo el suave chasquido del potentísimo rifle. El esquiador que atendía a su compañera pareció ir a ponerse en pie, pero, igual que ella, cayó de pronto, como fulminado, de bruces.

—Hecho —dijo el del rifle.

—Magníficos disparos —el otro utilizó de nuevo la radio, mirando hacia el cielo, donde se veía ya, por encima de ellos, un helicóptero pintado completamente de blanco—... Ahí los tenéis. Recoged al hombre solamente.

—Ya sabemos que la mujer no interesa —le contestaron desde el blanco helicóptero—... Preparad vuestro equipo para la recogida.

—De acuerdo.

El rifle fue colocado en la funda. En un bolsillo cosido a ésta, metió la radio que habían estado utilizando.

Luego, el de los prismáticos volvió a utilizarlos, enfocándolos a la pareja caída sobre la nieve, a casi quinientas yardas de distancia.

El helicóptero descendiendo sobre ellos. Quedó suspendido cuando estaba a menos de tres pies del blanco elemento. Una de las portezuelas se abrió, y apareció en ella un hombre, con un largo tubo metálico, en cuyo extremo más estrecho se veía una cuerda, formando un lazo. Sin que el helicóptero tocara la nieve en ningún momento, el hombre que manejaba el tubo con lazo, pasó éste por la cabeza del esquiador; conseguido esto, tiró del tubo, hasta que dejó sentado al hombre... Se inclinó más y lo asió por el jersey. Trabajosamente, consiguió coger las dos manos del esquiador. Luego, tiró de él, con fuerza, hasta meterlo en el helicóptero, que se elevó inmediatamente unos treinta pies, y se ladeó, volando hacia donde estaban los dos hombres.

—Es de esperar que a la chica no le ocurra nada —dijo el de los prismáticos.

Dejó de mirar con éstos, y los ató a uno de los cordones de la funda del rifle. Estaba terminando cuando el helicóptero llegaba

encima mismo de ellos. Un delgado hilo de nylon colgaba del aparato, rozando las ramas de un abeto. El que había disparado ató la funda del rifle, con éste, los prismáticos y la radio, a aquel delgado hilo. Movi6 un brazo, y el helic6ptero comenz6 a elevarse, ahora mucho m6s, mientras desde 6l, tiraban de aquel hilo, recuperando el equipo utilizado. En pocos segundos, se perder6 de vista sobre la nieve.

—V6monos —dijo el de los prism6ticos—... Bajaremos por la segunda pista, tomaremos all6 el telesilla hasta el hotel, y permaneceremos all6 un par de d6as m6s, tranquilamente, como hasta ahora. Nuestra parte ha terminado.

Y se fueron, sin dejar m6s huellas que las corrientes en dos esquiadores. A quinientas yardas, una mujer yac6 tendida en la nieve, pero sab6an que no por mucho tiempo. Alguien descender6 no tardando mucho por aquella misma pista, y la ayudar6a.

Pero posiblemente, se preguntar6an c6mo el marido de la bella muchacha hab6a desaparecido en semejante lugar sin dejar una sola huella.

CAPÍTULO II

Ni una sola huella —masculló Ira Young, inspector-jefe de la Delegación del FBI en Los Angeles—... No tenemos ni la más pequeña pista. Nada. Es de suponer que utilizaron un helicóptero.

—Los esquiadores que encontraron a la señora Landing dicen que les pareció oír uno, pero no vieron nada. Y se encontraron a la mujer al llegar al final de la pista, en el fondo del valle. Estuvimos allá, lo examinamos todo bien... Obtuvimos con toda precisión las marcas que habían dejado todos al descender, las que hicieron allí para ayudar a la señora Landing, las que hicieron al marchar... Pero ninguna más.

—Un helicóptero —machacó Ira Young—. No puede haber sido de otra manera, porque...

La puerta del despacho se abrió, y otro agente especial del FBI entró apresuradamente en el despacho de su jefe.

—Ya está aquí, señor.

—Que entre inmediatamente, hombre...

El gman salió, regresando al punto acompañando a otro hombre, alto, delgado, anchos los hombros sin exageración, sobrio, elegante, bronceado. Su rostro era firme, varonil; recio, pero sin durezas. Ojos negros, cabellos color cobre... Cuando entró en el despacho, pareció que, de pronto, éste se llenaba completamente, se ambientaba más. La personalidad del visitante se acusó instantáneamente tan sólo con su presencia.

Tendió la mano hacia Ira Young.

—Soy Clarence Hadaway, de Washington. Supongo que me estaban esperando.

—Así es —apretó Young aquella mano grande y dura—. Ellos son tres de mis agentes: Spencer, Lookman y Daniels.

—Hola —sonrió Hadaway, estrechando sus manos—. ¿Cómo están, muchachos?

—Realmente encantados de conocerle personalmente, señor —dijo uno de ellos, por los tres.

—Muy amables. ¿Son ustedes los encargados de este caso?

—Así es, señor.

—Bien. Me identificaré, y entonces charlaremos. Veamos si encuentro mi placa...

Oh, vamos, Hadaway —gruñó Ira Young—... Usted es más conocido en el FBI que Liz Taylor en el cine. Siéntese, por favor, y le pondremos al corriente de lo que sabemos... ¿Un cigarrillo?

—Gracias. —Hadaway tomó el cigarrillo, se sentó, y aceptó sonriendo la llama del encendedor de Daniels—... Bien, señores: trabájenlos. Si no les importa, quiero escucharlos a los cuatro, uno a uno. Quiero versiones independientes, con teorías o hipótesis independientes. Adelante. Young.

Lookman fue el último en hablar. Cuando terminó, Clarence Hadaway quedó pensativo por más de medio minuto.

—Bueno —musitó al fin—. No es mucho lo que tenemos, ¿verdad? Una mujer caída en la nieve, su marido desaparecido... Con un helicóptero, desde luego, tuvieron que hacer ese trabajo. Lo curioso es eso de los diminutos cristales finísimos en el jersey de la señora Landing...

—¿Curioso, señor? —musitó Lookman.

—Bueno... En cierto modo, sí, Lookman. Ya seque esos cristallitos contenían un gas que los desvaneció instantáneamente... Por lo menos, a ella. Y supongo que también a él. Lo que me resulta curioso es la... delicadeza que demuestran esos raptos. Lógica con las personas que les interesan, pero poco corriente con quien no les interesa nada, como ocurre en el caso de la señora Landing.

—La pobre señora está desconsolada y desconcertada —musitó Young—. ¿Querrá usted verla, Hadaway?

—No. Me parece que volveré inmediatamente a Washington.

—¿Cómo? —Quedó estupefacto Ira Young.

También los tres agentes especiales se quedaron mirando incrédulos a Hadaway, el hombre que más prestigio tenía dentro del FBI.

—Quizá esté por aquí unas pocas horas. Un día como máximo...

en realidad, Young, no hay nada que hacer... por los sistemas habituales.

—Mmmm... Me temo que no le entiendo. Hadaway.

—Roscoe Landing no es el primer hombre al que secuestran, Young. Tan sólo en Estados Unidos ya es el tercero. Primero fue Robert Arlington, premio Nobel de Química. Después Charles Turner, una eminencia mundial en Física y Electricidad. Ahora. Roscoe Landing, que a sus treinta y siete años es posiblemente el más privilegiado cerebro norteamericano en Aeronáutica. Creemos...

—Perdón —musitó Young—... ¿Ha dicho usted «tan sólo en Estados Unidos». Hadaway?

—Sí. También de otros países han desaparecido personas importantes. Los que sabemos, de momento, son los siguientes: Úrsula Garvan, canadiense: cuando desapareció estaba a punto de terminar un nuevo sistema pedagógico infantil, que, según parece, hará la enseñanza facilísima, con métodos que los niños comprenderían y asimilarían sin ningún esfuerzo, y muy rápidamente. Los otros nombres son: André Joliot, francés, oftalmólogo, dedicado últimamente a cierto revolucionario sistema de trasplantes oculares. Federico Rosetti, italiano, agricultor...

—¿Agricultor? —Se pasmó Young.

—Sí. Asombroso, ¿no es cierto? Sobre todo si lo mezclamos con los anteriores personajes... Y con los que siguen: Andrés Bermúdez, argentino, cardiólogo mundialmente conocido. Edmund Ferguson, británico, uno de los mejores astrónomos del mundo. Y Santiago Carranza, mejicano, un arquitecto avanzado, considerado como genial. Éstos son los nombres que conocemos, por el momento.

—Demonios —masculló Daniels—. Deben haber pedido rescates fabulosos por esas personas, señor.

—No han pedido rescates. Desaparecieron... y eso es todo. No se ha tenido sobre ellos ni la más pequeña noticia o datos sobre su paradero. Nada. Se esfumaron. Igual que el último, Roscoe Landing.

Hubo unos segundos de silencio. Por fin, Ira Young miró fijamente a Clarence Hadaway.

—¿Cuál es su teoría propia, Hadaway?

—Ninguna. Ya pasaron los tiempos en que algunos países nos robábamos sabios y científicos unos a otros. Naturalmente, todo es

posible, pero no creo que se trate de eso. Por otra parte, hasta el momento, no se ha producido ninguna muerte, que yo sepa. Tampoco han intervenido los servicios de espionaje de ningún país... Lo cual me lleva a suponer que es una organización privada, absolutamente desconocida e independiente.

—¿Una organización privada? —murmuró Spencer—. Espero que se dé cuenta del gran poder que debería tener esa organización, señor.

—¿Poder? —sonrió secamente Hadaway—. Simplemente, dinero, Spencer. Mucho, muchísimo dinero...

—Pero... ¿qué se proponen? —Gruñó Lookman.

Hadaway encogió los hombros.

—No lo sé. No puedo imaginarlo... Es decir, imagino tantas cosas que me he hecho un lío, y ya no sé con cuál teoría quedarme. Por lo tanto, intentaremos la acción.

—¿La acción? ¿Qué acción..., hacia dónde...?

—Regreso ahora mismo a Washington —decidió Hadaway, sonriendo extrañamente—. Espero que ya esté todo preparado allí para poner en marcha el mecanismo-cebo.

—¿Qué clase de carta?

—Les diré solamente su nombre, por el momento: Mike Sebastian, agente especial del FBI, doctorado en Medicina.

CAPÍTULO III

Lo de doctorado en Medicina estaba muy bien, pero, lo que realmente le interesaba y le gustaba a Mike Sebastian, era ser agente del FBI. Así que hacía ya tiempo que había dejado la apenas iniciada práctica de la Medicina, para darse una vuelta por Quántico, de donde salió con todos los honores, convertido en un efficacísimo, audaz e inteligente agente federal magníficamente entrenado en todos los sentidos.

No era, ni mucho menos, el mejor hombre del FBI. Solamente, uno de los mejores. Había otros muchos capaces de disolver una red de espionaje, de solucionar conflictos diversos, de disparar con cualquier arma y en cualquier postura, de mentir con todo el cinismo, de no dejarse engañar ni por el Presidente de Estados Unidos... y cosas así. Pero, en Mike Sebastian concurrían otras circunstancias y conocimientos que lo hacían el hombre idóneo para aquel caso: agente peligroso, medico, y con un *hobby* poco corriente: estudios sobre la composición y posibilidades teóricas del cerebro humano. Por ejemplo, el desarrollo del poder telepático, o la posibilidad de introversión total de tal modo que la mente se desligaba completamente del cuerpo, pudiendo llegar así a conocimientos jamás alcanzados hasta entonces por el ser humano, sobre el universo, por ejemplo.

Cada uno se distrae a su manera, ciertamente.

De un modo u otro, esto interesaba a la Central del FBI. Y el hecho de que, además. Mike Sebastian fuese uno de los más capacitados agentes especiales de cualquier clase dejaba la cuestión bien definida: el caso sería para él.

Por lo tanto, a la Delegación de Tampa, donde prestaba sus servicios, había llegado una orden tajante: Mike Sebastian tenía que

pedir una semana de vacaciones, le serían concedidas, y se retiraría a su casita con jardín y una diminuta piscina, para descansar del servicio y estudiar intensamente respecto a su último posible descubrimiento sobre el cerebro humano.

Y así estaban las cosas, en aquel momento. Lo único que faltaba era la presencia de alguien que le informaría completamente del asunto, poniéndole en antecedentes y facilitándole las instrucciones del caso. Alguien muy importante llegaría aquella misma tarde.

Por eso, Mike Sebastian, desde el sofá del *living*, había dejado de leer en un grueso libro y de tomar notas, para mirar, a través de la ventana, el coche que se había detenido frente a su casa. En un lado del vehículo se veía, pintada, la siguiente inscripción: TV REPAIR, «Carmody», 66 Sunset Avenue, TAMPA.

Para Mike Sebastian aquello era lo mismo que si a un elefante le colgaban un letrerito que dijese: «Mariposa Azul. No tocar. Es muy delicada». Exactamente lo mismo. Ciertamente que podía equivocarse, pero...

Un hombre con mono blanco se había apeado del coche. Llevaba una gran maleta de piel en una mano, muy abultada. En la otra, una libreta de anotaciones. Miró esta libreta, miró el número de casa, y cruzó la pequeña batiente blanca, caminando directo hacia la casa.

Mike Sebastian esperó a que sonase el timbre. Un hombre notable, de rasgos inteligentes, ojos oscuros, delgado pero ancho de hombros.

—¿Señor Sebastian?

—Yo soy.

—Tengo una nota para reparar su televisor... ¿Llamó usted?

—Desde luego —aceptó Mike tranquilamente la mentira—. Pase. El hombre entró, Sebastian cerró la puerta, y señaló el televisor, en un lado del *living*.

—Ahí lo tiene. Procure no estropearlo.

El recién llegado sonrió, caminando hacia el aparato.

—Soy Clarence Hadaway —dijo—. Espero que haya oído hablar de mí.

Sebastian se dejó caer de nuevo en el sofá, y tomó el libro, mientras Hadaway pasaba detrás del televisor, mirándolo con expresión crítica.

—Por supuesto, señor —musitó Sebastian—. ¿Es usted quien

tiene que ponerme al corriente de todo?

—Sí. Creo que subiré a ver si es culpa de la antena. Mientras tanto, lea el informe de esta carpeta.

Se inclinó, sacó una carpeta de la gran cartera de piel llena de herramientas, y la tiró hacia Sebastian, deslizándola por el suelo. Cogió un par de herramientas, y salió de la casa, mirando hacia el tejado. Subió a éste y empezó a manipular en la antena. Volvió abajo, recogió su gran cartera de piel, y regresó con ella al tejado. Desmontó la antena, la limpió, la volvió a montar... y se preguntó si desde abajo, algún observador notaría la presencia del pequeño objetivo colocado allí. Lo recogió todo tras empalmar un pequeño aparato al hilo que colgaba del pequeño objetivo. Luego, escondió aquel pequeño aparato bajo una de las tejas rojas, y se quedó unos segundos contemplando su obra. Era poco probable que nadie reparase en ella. Movié un poco la antena, volvió abajo y entró en la casa, directo hacia el televisor.

—¿Lo ha leído todo, Sebastian? —Preguntó, mirando el televisor.

—Sí señor.

—Muy bien. Guarde el informe en la carpeta, y tírela hacia mí. Supongo que no olvidará nada de lo que ha leído.

—Espero que no, señor. ¿Realmente debo dar a conocer a la prensa mi... descubrimiento?

—Realmente.

—Pero es que... Bien, es un descubrimiento increíble, señor. Y al decir increíble, quiero decir que nadie lo creará.

—Es posible. Pero, si queremos que vengan a por usted, hay que ofrecerles un buen menú: su sensacional descubrimiento sobre la regeneración parcial de cerebro en los locos, por medio de corriente eléctrica aplicada directamente a la masa encefálica, lo hará famoso en todo el mundo.

—Parece una broma —sonrió Sebastian.

—No hay de broma ni la intención siquiera, Sebastian. Se trata de saber dónde están esas personas desaparecidas, y qué quieren de ellas. Si lo conseguimos, todo habrá estado bien hecho. A fin de cuentas, más adelante bastará decir que se ha equivocado, y listo.

—Bien... De todos modos sería un gran descubrimiento, ¿no cree, señor?

—Quizá algún día se logre. ¿Lo ha entendido bien todo? Las instrucciones, las explicaciones...

—Sí, sí... Pero me pregunto que les diré a los periodistas cuando vengan. Y a los médicos que me asediarán, y a...

—Usted tiene un *hobby* muy... entretenido. Además es médico. Bastará con que los entretenga, que les dé explicaciones diversas, que vaya buscando rodeos para dar la explicación definitiva... Pero no saldrá de esta casa absolutamente para nada. Hasta que vengan a raptarlo... Entonces, olvídense de que usted puede evitar ese rapto de mil modos diferentes. Olvídense de que es un peligroso agente del FBI.

—Me dejaré raptar. ¿Y luego?

—Se actuará conforme manden las circunstancias. —Hadaway dejó de manipular en la parte de atrás del televisor para guardar la carpeta en la gran carrera, de la cual sacó una pequeña cápsula de plástico, que tiró hacia Sebastian—. Cuando se lo lleven, deberá tragarse lo que contiene esta cápsula, Sebastian.

Éste recogió la cápsula. Era del tamaño de una almendra. Dentro se veía otra, más pequeña, con unos diminutos mecanismos en su interior.

—¿Es un transmisor? —musitó.

—En efecto. No habrá más contactos entre nosotros. Sólo ése... Ya sabe cómo funciona: una vez, en el estómago el calor lo activa, y comienza a emitir una señal, que nosotros captaremos apenas lo haya usted tragado. Procure conseguir eso, Sebastian, pues de otro modo, es posible que jamás pudiéramos localizarlo.

—Entiendo. ¿Hasta qué distancia máxima alcanzan las señales?

—Cien millas. Es más que suficiente, esperamos... No irá usted armado, Sebastian. No peleará. El punto básico de su trabajo consiste precisamente en dejarse llevar adonde, suponemos, están las demás personas que últimamente han desaparecido.

—¿Y una vez conseguido eso?

Hadaway encogió los hombros.

—Se hará lo que proceda. Tenga presente que esa gente, por el momento, no mata. Sea cauto, pero decidido. En el supuesto de que, en determinado momento fuese absolutamente necesario comunicarse con nosotros, puede intentar conseguir una radio, y llamar por la frecuencia clave SVA3022. Pero mientras no sea del

todo necesario, y su presencia en el lugar que sea sirva para ir enterándose de la verdad de todo este asunto, acepte todo cuanto venga. Nosotros también sabremos esperar, máxime, sabiendo que no estamos tratando con asesinos ni cualquier otra clase de delincuente realmente peligroso. No quieren dinero; por tanto, sus intenciones, además de pacíficas, son claras: conservar a las personas raptadas. Eso quiere decir que usted no va a correr ningún peligro grave mientras acepte los acontecimientos. ¿Todo entendido?

—Sí, señor.

Hadaway comenzó a tapar el televisor, atornillando expertamente la tapa.

—He colocado algo especial en su aparato. Sebastian. Permanecerá vigilante en todo momento, y cada vez que alguien se acerque a su casa, oprimirá la tecla del encendido del aparato... y la soltará enseguida. Desde arriba, un objetivo actuará, tomando fotografías, cuando reciba la frecuencia de funcionamiento aquí instalada.

—Buen truco. Me estoy preguntando, señor, qué ocurrirá si esa gente se entera de que pertenezco al FBI.

—Bien... En principio, debemos suponer que ellos no tienen por qué saber eso. Usted no se lo dirá, claro. Sin embargo, si llegan a descubrirlo, acepte los hechos. No niegue nada: Su única mentira en todo este asunto será insistir en que, en efecto, ha descubierto todo eso respecto al cerebro humano. Diga que dejó de ejercer porque no le gustaba, y que se dedicó a la investigación por su propia cuenta, mientras trabajaba en el FBI, complementando así su afán de... aventuras y su ansia de libertad para estudiar sin molestias. Es bastante convincente, me parece.

—Bastante —admitió Sebastian.

Hadaway apretó la tecla del encendido del televisor, dejándola en aquella posición, de modo que pocos segundos después apareció la imagen, en colores, de una película con montones de indios.

—Parece que el aparato sigue funcionando —sonrió—. Le he dejado un paquetito detrás. Cuando le parezca oportuno, lo abre. Son micrófonos magnéticos. Distribúyalos convenientemente por su casa... También por ahí estaremos a le escucha. Bien... Espero haber atendido todos los detalles, Sebastian... ¿Alguna pregunta?

—Sólo una —sonrió Mike—: ¿qué le debo por la reparación de mi televisor?

Clarence Hadaway también sonrió.

—La casa Carmody le pasará la factura. Buena suerte, Mike.

—Gracias, señor.

CAPÍTULO IV

Nada menos que diez días más tarde, Mike Sebastian estaba ya al borde de la desesperación. Nada importante había ocurrido. Nada, salvo un gran agotamiento físico que iba notando gradualmente, a medida que iba dando explicaciones y más explicaciones a la prensa, la radio, la televisión, médicos de todo el mundo, revistas, científicos, biólogos... La cosa iba adquiriendo una envergadura tal que el agente del FBI ya no sabía qué decir, ni cómo salir de aquel atolladero; las explicaciones vagas se iban terminando, las objeciones de la Ciencia hacia su descubrimiento iban tomando forma, las consultas por teléfono, por carta, por telegrama, personalmente, se iban sucediendo a un ritmo vertiginoso.

Toda una gran comedia, para nada. El gman estaba francamente asustado por las dimensiones que iba alcanzando su mentira. Es decir, la mentira creada para convertirse en la figura médica mundial del momento. Mundial e importante, dado que su descubrimiento afectaba la parte más importante del hombre: el cerebro. Tuvo que decir mil y mil cosas que casi le convencieron a él mismo, de que se hallaba viviendo una pesadilla de ciencia-ficción.

Y el décimo día, casi de noche ya, vio detenerse un coche ante su casita. ¿Hacía el número mil el diez mil...? No hacía ni dos minutos que se habían marchado los componentes de una rueda de prensa, de modo que se hallaba solo en la casa... ¿Casualidad?

Vio a los dos hombres apearse del coche, y dirigirse hacia la casita, por el sendero. Y una vez más, apretó la tecla del televisor, haciendo funcionar el objetivo del tejado. Los micrófonos se encargarían del resto... suponiendo que Clarence Hadaway y sus auxiliares en aquel asunto hubiesen tenido la suficiente paciencia

para estar diez días al pie del cañón, esperando.

Frunció el ceño al pensar esto, pero comprendió que su idea era absurda. Por supuesto que Hadaway estaría esperando. Sabía mucho de él, había leído algunas de sus intervenciones en la revista interior del FBI... «The Investigator»... Clarence Hadaway era de los que, una vez puesto en el camino, lo seguía hasta el final, sin una sola vacilación.

Fue a abrir cuando sonó el timbre de la puerta. Se quedó mirando con gesto fatigado a los dos hombres. Tenían un rostro amable, y su expresión era más bien simpática, correcta. Bien vestidos, pulcros, agradables.

—¿Doctor Sebastian? —preguntó uno de ellos.

—Sí.

El hombre le tendió la mano.

—Mi nombre es Aaron Samuels, catedrático de Medicina de la Universidad de Columbia. Es el doctor Sparrow, de Nueva York... ¿Podemos empezar?

Se quedó mirándolo sonriente. Mike Sebastian había notado el pinchazo en la palma de su mano al estrechar la del que decía llamarse Aaron Samuels, y mientras éste continuaba hablando, se había mirado la mano. Vio el pequeño puntito rojo, y su ceño se frunció con cierta irritación.

—¿Qué ha hecho usted? —masculló—. ¿Qué lleva en la mano?

Samuels mostró la palma, se veía un pequeño disco de plástico, con una pequeña y fina aguja que sobresalía en su centro. Acabó de entrar, y el otro hizo lo mismo, cerrando la puerta enseguida.

—Es una pequeña aguja inyectable, doctor Sebastian. No va a ocurrirle nada malo, se lo aseguro.

—¿Que ha hecho usted? ¿Qué significa esto?

—Le aseguro que todo está encaminado a suprimir la violencia. Podríamos haber venido aquí con cincuenta hombres, varios helicópteros, armas modernas y peligrosas... En lugar de eso, doctor Sebastian, hemos preferido esperar unos días, y hacer las cosas pacíficamente. Espero que usted lo entienda.

—¿Qué debo entender? ¿Quiénes son ustedes?

—Empleados, doctor Sebastian. Trabajamos para una persona llamada Kind... Suponemos que no ha oído Hablar de él.

—¿Kind? No... Jamás oí de nadie que se llamase «Bondad»... ¿O

no significa eso?

—Significa exactamente eso, doctor: «Bondad». Es nuestro jefe.

—Pero no entiendo... ¿Qué se proponen, de qué hablan...?

Aaron Samuels alzó su brazo izquierdo, y consultó su reloj.

—Dos minutos... Dentro de un minuto más, doctor Sebastian, usted me obedecerá ciegamente. Creo que sería conveniente que empezase a hacer su equipaje, si es que tiene especial interés en llevarse algo... Sobre todo, por favor, las notas completas de su reciente éxito sobre esas cosas del cerebro. Lamento no entender mucho de estas cosas, ya que eso significa que no podré darle conversación durante el viaje.

—¿Qué viaje? Oiga, usted está loco, señor Samuels... Estoy muy cansado, y le ruego que deje sus bromas para mejor ocasión.

—No son bromas. De veras. A usted le necesitan en un sitio, y nosotros vamos a llevarle allí. Veamos... Diez segundos, nueve, ocho, siete, seis...

Mike Sebastian notaba un extraño calor en todo el cuerpo. Un calor que no resultaba molesto, sino más bien confortable. Y un zumbido suavísimo en la cabeza. Era como si muy lejano alguien estuviese silbando agudamente. Y algo ocurría en su cabeza, en su mente, en su voluntad. Se relajaba por segundos, lo iba notando. Descansaba, se relajaba, los pensamientos desaparecían...

—... Dos, uno, cero... ¿Listo para partir, doctor Sebastian?

—Cuando usted quiera —musitó Mike.

—Gracias. Sería conveniente pasar por su dormitorio. Cogeremos equipo de verano. Poca cosa. El sitio al que vamos no es de etiqueta. Unos pantalones, alguna camisa, un *slip*... Por supuesto, si tiene alguna prenda u objeto de especial predilección, no hay inconveniente en que lo llevemos también. Dígame en qué le ayudo.

—No... Cogeré unas pocas cosas y me iré con usted. Prepararé la maleta en un minuto...

—Pero no la llevará usted, doctor. La maleta se quedará aquí, y, oportunamente, el... doctor Sparrow se ocupará de que llegue a su destino... Oh, por favor, no olvidemos sus notas, y sus libros...

—Los tomaremos en primer lugar, si le parece.

—Es usted muy amable —sonrió Samuels—. ¿Vamos?

Invirtieron menos de cinco minutos en recoger unas cuantas cosas del armario, así como algunos libros, y los apuntes que Mike

Sebastian había estado haciendo tan confusos, tan abstrusos, que ya ni siquiera él mismo podría aclarar aquellas notas. Todo fue metido en una pequeña maleta de piel. La cerró, regresó al *living*, y, obedeciendo las órdenes de Aaron Samuels, entregó la maleta a Sparrow, que se había quitado la chaqueta, los pantalones y los zapatos.

—Deberá cambiar sus ropas con Sparrow, doctor Sebastian.

—Lo que usted diga...

El gman se cambió, de ropas. Quedó vestido como poco antes lo había estado Sparrow, mientras que éste se ponía las topas del federal.

Samuels aprobó amablemente el cambio. Para un observador normal, aquel hombre llamado Sparrow podría muy bien ser el doctor Mike Sebastian, mientras que éste parecía ser ahora uno de los dos hombres que habían entrado en su casa.

—Como comprenderá, doctor —dijo Samuels—, todo ha sido calculado. Incluso la estatura de Sparrow, su complexión física. Se trata de que al salir, nadie que nos vea pueda sospechar que usted no es el mismo hombre que me acompañaba al entrar... ¿lo entiende?

—Desde luego.

—Entonces, podemos irnos —miró a Sparrow—. Lllamarás un taxi dentro de quince minutos. Sales con la maleta... y ya sabes... Nada de violencias con el taxista, ni con nadie.

—Está bien.

—Regresas a la base por tu cuenta. Te estaremos esperando... Y cuidado con los fallos.

—Lo hemos hecho bien hasta ahora, ¿no? ¿Por qué tendría que fallar?

—Está bien, ¿nos vamos, doctor Sebastian?

—Sí... Cuando quiera.

Salieron de la casa. Poco después se acomodaban en el coche. Aaron Samuels lo puso en marcha, mirando amablemente al gman.

—A menos que usted tenga una especialísima constitución física, doctor, el efecto de ese pinchazo durará todavía una hora. Todo lo que tiene que hacer es relajarse, tranquilizarse. Usted sabe que no puede luchar contra mi voluntad, ¿verdad?

—No... No puedo...

—Magnífico. Es mejor que descanse. Tenemos que recorrer no menos de sesenta millas antes de llegar adonde nos está esperando el avión.

—¿Adónde vamos?

—Lejos. Muy lejos de aquí, doctor Sebastian. Pero no tema: estará usted perfectamente. En realidad, estará mucho mejor de lo que jamás haya soñado en su vida. El lugar ideal, se lo aseguro.

—¿Qué lugar es ése?

—El Mundo Feliz, doctor. Sólo eso.

—¿El Mundo Feliz?

—No pregunte... Ya lo sabrá todo, a su debido tiempo. Y una vez más insisto en que no debe temer nada.

El coche se alejaba ya de la casa. Salieron de Tampa en pocos minutos, hacia el Sur. Parecía que Aaron Samuels se proponía internarse en Los Everglades. Había oscurecido ya y sólo se veían estrellas y las luces de los coches que se cruzaban con ellos en la carretera.

Poco después de media hora más tarde. Mike Sebastian comprendió que los efectos de aquel pinchazo estaban pasando. Iba recobrando su propia voluntad. Se quedó sorprendido al comprender que, en efecto, había estado obedeciendo a Aaron Samuels en todo, dócilmente, con naturalidad. Cuando los efectos pasaron definitivamente, quedó pensativo unos minutos, observando el cuentamillas. No tenía por qué demostrar que, ciertamente, su constitución física era especialísima: al contrario, le convenía fingir que continuaba bajo los efectos de aquella droga o lo que fuese.

—Voy a fumar —dijo.

—Por supuesto, doctor. ¿Tiene cigarrillos?

—Querrá decir si los tenía el señor Sparrow. Llevo sus ropas...

—Oh, entonces encontrará cigarrillos, jamás descuidamos ningún detalle amable con nuestros invitados, doctor. Es de agradecer.

Sebastian sacó el paquete de cigarrillos, extrajo uno, y se le escapó de los dedos, hacia el regazo. Metió la mano por allí, palpando distraídamente, mientras, miraba por la ventanilla, como pensando en otra cosa. Sus dedos, índice y corazón se introdujeron rápidamente hacia los calzoncillos, tocaron el borde elástico, y

encontraron el pequeño bulto. Refunfuñó algo, simulando no encontrar el cigarrillo, mientras deslizaba la pequeña cápsula hacia la salida hecha con un pequeño corte en el elástico de la prenda interior. La sacó, y entonces, por fin, encontró el cigarrillo, que se puso en los labios... al tiempo que lanzaba la pequeña cápsula con el transmisor hacia la garganta. Tragó la cápsula mientras encendía el cigarrillo, mirando de reojo a Aaron Samuels, que parecía tranquilo y seguro de sí mismo.

Bien... Era de esperar que la pequeña emisora de señales recibiese sin fallos el calor de su estómago, y comenzase a funcionar antes de que la distancia recorrida hubiera rebasado las cien millas...

* * *

—¿Quiere apearse, por favor? —pidió Samuels.

Salió del coche. Estaban en un camino, de tierra, solitario. Un hombre apareció por entre la maleza, y se detuvo ante ellos.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí —dijo Samuels—... Lo llevaremos al helicóptero, y luego tú te encargas de llevarlo al avión. Es una buena presa.

—Parece muy fuerte —comentó el otro.

—Debe serlo —sonrió Samuels—. Pero es también muy amable y comprensivo. No creo que quiera pelear. De todos modos, te lo dejaré dormido en el helicóptero. El traslado será así mucho más fácil. Guíanos hacia el helicóptero.

—Por aquí...

Olía a húmedo, a barro. El suelo era blando. No había más luces que las de las estrellas y la Luna. Caminaban sosegadamente, sin prisas, con una tranquilidad de buenos amigos dando un amable paseo.

De pronto, Mike Sebastian se detuvo en seco.

—¿Qué ocurre? —exclamó—. ¿Dónde estoy?

—Siga caminando, doctor Sebastian, por favor.

—¿Caminando? ¿Hacia dónde? Usted es... es...

—Aaron Samuels, su amigo... ¿No lo recuerda?

—No. No es mi amigo... No le conozco... ¿Qué estamos haciendo aquí, qué se proponen?

—Por favor, doctor, camine. Se lo suplico.

—Usted está loco... Quiero saber...

Se ladeó, por puro instinto. Comprendió demasiado tarde que no debió hacerlo, que según las órdenes, debió dejarse golpear, dejarse llevar. Es claro que tenía que oponer una resistencia lógica, pero debió dejarse golpear, simular que no se daba cuenta. Sin embargo, su instinto venció: se apartó, y el golpe que el desconocido dio con la porra blanda pasó rozándole solamente. Ya no podía dejarse caer, dejarse vencer demasiado fácilmente. La comedia tenía que hacerse bien.

Se volvió como un relámpago hacia el hombre desconocido, y le golpeó en el estómago cuando aún estaba recuperando el equilibrio, perdido por efectos del fallido golpe. El hombre lanzó un gemido, y se encogió; pareció quedar colgado sobre el puño derecho de Sebastian, que se lo quitó de allí con un zurdazo en plena mandíbula que lo tiró rodando cuatro o cinco yardas más lejos.

Entonces se encaró con Aaron Samuels, que había retrocedido un par de pasos y había adoptado una postura boxística muy académica, con los puños por delante, las rodillas flexionadas... El gman casi sintió ganas de reír. Con un solo hachazo de su mano derecha, con un solo golpe de karate, podía romper aquella guardia, y la cabeza de Aaron Samuels... Era como oponer una barrera de cañas a un hacha.

Pero en lugar de eso, el gman atacó en tromba a Samuels, y aceptó resignado el puñetazo en el mentón primero, en el estómago después, y en el mentón de nuevo. Cayó de rodillas, despejado como nunca, pero agitando la cabeza como si estuviese aturdido. Oyó claramente la aproximación del otro por su espalda, pero la ignoró. Se puso en pie, vacilante, dejó que el otro le sujetase por la garganta colocándose a su espalda..., y se inclinó inertemente, lanzándolo por encima contra el tronco de una pequeña palmera silvestre, que vibró de base a copa... El terrible esfuerzo lo agotó, de modo que cayó de rodillas, y apoyó ambas manos en el suelo, sacudiendo de nuevo la cabeza. Vio los pies de Samuels a su izquierda y algo atrás, y espero el golpe...

No fue un golpe.

Fue un pinchazo en la espalda. Y casi al instante, la noche se ennegreció aún más. Se ennegreció tanto, que ya ni siquiera se

vieron las estrellas y la Luna. Sólo una densa, impenetrable, absoluta oscuridad.

Samuels ayudó al otro a ponerse en pie tras guardarse la jeringuilla hipodérmica en un bolsillo.

—¿Estás bien? —se interesó.

—¿Con que un tipo pacífico y amable...? —Gruñó el otro.

—Lo lamento —sonrió Samuels—. Según parece, el doctor Sebastian recordó algo de sus buenos tiempos deportivos en la Universidad. Es joven, fuerte, y parece que se cuida. Precisamente, lo que nos interesa, además de sus conocimientos. Te ayudaré a llevarlo al helicóptero.

Lo alzaron entre ambos, por los sobacos y los pies...

Había despertado en dos ocasiones, y en ambas le habían hecho ingerir unas píldoras de alimentos concentrados, según aseguraba la amable voz. Esto, y que de nuevo había recibido sendos pinchazos, era todo lo que recordaba la tercera vez que despertó.

Y en esta ocasión, nadie le ofreció tabletas de alimentos concentrados, ni volvieron a pincharlo.

Estaba aturdido, se sentía como abotargado. Oía los motores del avión, pero aún tardó más de cinco minutos en darse cuenta de que estaban muy cerca de él, en ver una de las alas, con el tubo del motor reactor. Y abajo, el mar, islas, una grandísima extensión de tierra firme que se perdía hacia el Sur... El sol estaba muy alto, muy vertical. De donde extrajo dos facilísimas conclusiones para quien tenga aceptables conocimientos de geografía: era mediodía, y estaba en el trópico. En el trópico, pero... ¿dónde? ¿África, América, Oceanía...?

El avión estaba descendiendo, suavemente, con leve inclinación. Quien lo tripulaba no era, desde luego, un novato, sino un buen profesional. Echó un vistazo alrededor. Parecía un avión particular, dadas sus pequeñas dimensiones, con un número de asientos reclinables que no excedía de la docena. Estaba completamente solo allí.

Iba a ponerse en pie cuando la puerta que daba a la cabina de mandos y servicios de vuelo se abrió, y apareció Aaron Samuels, que lo miró sonriente, amable el gesto. Caminó hasta él., y se sentó en el asiento contiguo, cerca del pasillo.

—Será mejor que nos abrochemos los cinturones doctor

Sebastian: vamos a tomar tierra.

—¿En qué lugar?

—No se preocupe —dijo Samuels—: ¡le aseguro que todavía estamos en el planeta llamado Tierra! ¿Está usted bien?

—No lo sé aún...

—Se repondrá de estas pequeñas molestias en cuanto llegemos a Mundo Feliz. Por favor, abróchese el cinturón. Y quisiera rogarle que no busque pelea cuando desembarquemos: sería completamente inútil, ya que nadie sale jamás de Mundo Feliz sin el permiso de Kind. Aunque, en realidad, son muy pocos los que quieren marcharse, y esos... están debidamente controlados. No es nuestra intención perjudicar realmente a nadie.

—¿Qué es lo que quieren exactamente de mí? ¿Un rescate? Porque si es eso le advierto... ¿De qué se ríe?

Aaron Samuels en efecto, estaba riendo. Muy amablemente, con gran cortesía, pero, evidentemente, se sentía divertido.

—No pedimos rescates, doctor Samuels. Oh, vamos, por favor. ¡No nos confunda con vulgares delincuentes! Nuestros preparativos para captarlo a usted han costado más de lo que sin duda obtendríamos por su rescate. Sabemos que no está en una posición precisamente acaudalada, no tiene familia, trabaja como simple representante en una firma productora de instrumentos quirúrgicos... ¿A quién podríamos pedirle un rescate de más de cincuenta mil dólares?

—¿Me han investigado? —musitó. Mike.

Y todavía se está haciendo eso, doctor. En Mundo Feliz no tienen cabida determinadas personas, y tenemos que asegurarnos de que usted no es de esas.

—¿A qué personas se refieren?

—Pues... viciosos y enfermos, principalmente. Si usted, por ejemplo, fuese aficionado secretamente a las drogas, y hubiera tenido una enfermedad de las llamadas hereditarias, jamás podría quedarse en Mundo Feliz. La sífilis, la epilepsia... A esas me refiero... Tampoco se le admitiría si hubiese estado encarcelado por motivos de sangre que evidenciasen en usted cierta maldad. Quiero decir que, por ejemplo, si usted matase a alguien que quería matarlo a usted, se consideraría defensa propia, y nadie le molestaría en Mundo Feliz. En cambio, si matase por motivos

personales de cualquier índole, si fuese usted el atacante, no sería admitido jamás.

—Pero parece que ya estamos llegando a Mundo Feliz... ¿Me dejarían marchar, en ese caso?

Aaron Samuels lo miró fijamente, serio de pronto. Y eso fue todo. Tampoco hacía falta más.

Se veía ahora el mar muy cerca del aparato, que iba descendiendo cada vez más, hasta que sus ruedas casi debían tocar el agua. Y de pronto, apareció la tierra bajo el aparato. No tierra normal, más o menos apisonada, sino una auténtica y bien construida pista, por la cual se deslizó suavemente el avión durante una media milla, que era la casi totalidad de longitud de la ancha pista brillante, limpia, regada. A Los lados se veían palmeras, setos, macizos de flores grandes y rojas... Parecían hibiscos.

—¿Estamos en el Pacífico? —preguntó Mike.

—En una isla, doctor Sebastian. No pregunte más...

—Sólo otra cosa: ¿estamos en Mundo Feliz? Aaron Samuels sonrió.

—Sólo en la antesala —señaló por la ventanilla—. Ese *jeep* nos llevará al auténtico lugar. A su futura residencia... temporal.

—¿Temporal?

Samuels ya no contestó. La puerta-escalerilla del aparato se había abatido, a los pocos segundos de detenerse completamente los motores. Se desabrocharon los cinturones, y Samuels, tras ponerse en pie en el pasillo, señaló hacia la salida del aparato. Mike le precedió. Desde lo alto de la escalerilla vio a los dos pilotos, ya en tierra firme. El *jeep* estaba muy cerca del avión y se veían dos hombres en el asiento delantero, vestidos con *shorts* blancos y camisas floreadas, que saludaban agitando una mano. Uno de ellos llevaba un collar de flores, y sonreía.

Subieron al *jeep*, mientras Samuels cambiaba simpáticos saludos con los pilotos, despidiéndose de ellos, y luego con los bronceados ocupantes del *jeep*.

—Él es el doctor Sebastian —presentó.

Los dos sonrieron a Mike, que casi se encontró sonriendo a su vez. El ambiente era amable, cordial, espléndido. Se veía ahora la selva por todos lados, excepto por detrás, donde sólo había mar. Delante estaba el edificio de control del pequeño aeropuerto. En el

edificio, igual que en el aparato, se veían, en blanco y azul, las palabras «Uranium Ore Prospecting, Ltd»... «Prospección de Mineral de Uranio»... ¿Estaba en un país donde se buscaba uranio? ¿Quiénes eran aquellas gentes? Seguramente despertaría de un momento a otro, y tendría que ir a la Delegación, a recibir las órdenes del día...

Pero no. Estaba bien despierto, realmente. El *jeep* salió de la pista, tomando una estrecha pista asfaltada, que discurría por un valle selvático, lleno de flores. Había un río que llegaba de las montañas de la izquierda; pasaron por encima de él, sobre un puente bajo el cual había un bonito remanso donde se bañaban, riendo, no menos de veinte muchachas, todas muy jóvenes, riendo, jugando... Saludaron con la mano hacia el *jeep*, preciosas con sus bikinis, sus cabellos sueltos. El que llevaba el volante apretó el claxon, riendo. Sebastian se volvió para continuar mirando a las muchachas. No eran polinesias, desde luego, sino de la más pura raza blanca; aria concretamente.

Se volvió hacia Samuels dispuesto a preguntar, pero vio la amable, cortés... y firmísima sonrisa que ya exponía una negativa por anticipado.

La estrecha pista discurría por un par de valles, idénticos en su idílica hermosura, con agua abundante, flores, selva... Y de pronto, al salir del último valle rodeando una montaña, se vio la bahía, con pequeñas calas rocosas, con pequeñas playas de arena dorada, brillante, refulgente al sol. Las olas llegaban muy espaciadas, planas, formando continuas crestas blancas. Cerca del mar, numerosas palmeras y macizos de flores de hibisco. En la arena, parasoles, sillas extensibles, algunas pequeñas embarcaciones deportivas, todas de vela o remo. Y un yate en un embarcadero natural en uno de los lugares rocosos. Más tierra adentro, media docena de pabellones blancos, con techo de ramas; hermosos *bungalows*, en definitiva. Y aún más tierra adentro, una quinta espléndida, grandiosa, chata, cuya construcción seguía por los caprichos rocosos de la naturaleza, respetando incluso la vegetación. Algunas palmeras estaban dentro de la construcción, y flores, y plantas. Había dos surtidores, grandes terrazas con enormes ventanales... Dos piscinas magníficas, de formas caprichosas y aguas que parecían azul cobalto.

Y gente. Personas en *shorts*, *slip* o bikini, disfrutando del sol, del mar y del aire. Nadaban en las piscinas, o en el mar, o leían, o charlaban, o paseaban... Algunos parecían dormir. El silencio era sorprendente, la paz sobrecogía.

Jamás en toda su vida había visto Mike Sebastian un paraíso humano como el que tenía ahora ante sus ojos.

—Ahora sí, doctor Sebastian —musitó Samuels—: ahora sí estamos de lleno en Mundo Feliz.

CAPÍTULO V

El *jeep* se detuvo ante una de las entradas de la casa. Aaron Samuels se apeó, y Mike le siguió. Inmediatamente, el *jeep* fue sacado de allí. Quedaron solos los dos en aquel sombreado porche, lleno de flores. Mike había vuelto la cabeza, mirando hacia las piscinas y la playa, donde las personas que estaban allí habían vuelto también sus cabezas, y parecían estudiarlo. Hombres y mujeres, todos ellos jóvenes. No había nadie que pareciera alcanzar los cuarenta años, y las mujeres no alcanzaban los treinta ninguna de ellas. La mayoría, apenas habrían rebasado los veinte.

—Por aquí, por favor...

Samuels tiró amablemente de él, hacia el interior de la quinta. Recorrieron grandes salas ambientadas perfectamente al trópico, todo nuevo, todo sólido y ligero a la vez. Había refrigeración eléctrica. Todo era grande, cómodo, magnífico, hermoso.

Llegaron finalmente a un pabellón que estaba en la parte de atrás de la casa, anexo a ésta. Había un pasillo, y varias puertas a los lados. Samuels abrió una, y dejó pasar a Mike, qué se encontró en un confortable saloncito-biblioteca, pero sin ventanas, ni más puerta que la utilizada para entrar.

Aaron Samuels señaló primero una butaca de juncos, y luego el gran televisor que se veía en un hueco de la biblioteca.

—Kind hablará ahora con usted. Póngase cómodo.

Salió y cerró.

Mike Sebastian se sentó en el sillón indicado. Miró brevemente el gran televisor, y luego a su alrededor. Todo normal... excepto el objetivo que se veía enfrente mismo de él, casi en el techo. De donde dedujo fácilmente que estaba siendo enfocado por una cámara de televisión, que llevaba su imagen a algún lugar.

Encendió un cigarrillo, calmosamente, dispuesto a esperar... Pero no tuvo que hacerlo ni siquiera diez segundos. La pantalla del televisor se iluminó, mostrando una vista aérea de una hermosa isla, y una voz brotó del aparato. Una voz amable, lenta, pastosa, tan agradable que resultaba casi increíble.

—Bienvenido a Mundo feliz, doctor Sebastian. Soy Kind, ocupante exclusivo de esta isla que está viendo. Supongo que ya habrá visto el aeropuerto y las instalaciones pertinentes en ese lugar —apareció ahora en la pantalla una vista del aeropuerto—. Usted sabe ya que el nombre de mi compañía es «Uranium Ore Prospecting»... En efecto, con toda legalidad otorgada por el gobierno propietario de esta isla, estamos buscando... y encontrando mineral de uranio, que, naturalmente, le cedemos previo un acuerdo económico razonable para ambas partes. Los yacimientos de mineral, están al otro lado de la isla —apareció ahora una vista aérea también de un gran complejo de minería, con modernas máquinas en acción—. Podríamos decir que la isla está dividida en dos partes, por las montañas. En una de ellas está la maquinaria, los hombres que la manejan, la vida... civilizada, con grandes adelantos técnicos y cosas parecidas. Buscamos uranio, lo encontramos, lo cedemos al gobierno propietario de la isla, y ganamos dinero. Eso es todo lo que nos interesa de ese lado de la isla, doctor Sebastian. Se lo explico, para que usted se dé cuenta de que nuestra postura, nuestra estancia en esta isla, está perfectamente justificada y legalizada. Sin embargo, insisto en que la otra mitad de la isla, no nos interesa realmente, aparte de para ganar dinero. Quiero que sepa que la otra mitad de la isla está separada de ésta por profundos barrancos y torrentes, de tal modo que es imposible ir de una parte a otra a menos que se cuente con helicópteros o aviones. De tal manera que podemos considerarnos solos en esta parte nuestra... Dejemos que los hombres civilizados trabajen extrayendo uranio, y ocupémonos, pues de nuestra isla, de esta parte acondicionada para mí y mis amigos... Amigos, doctor Sebastian, entre los cuales espero contarle a usted.

Mike Sebastian parpadeó. Estaba poco menos que subyugado por aquella voz amabilísima, cordial, viril y dulce a la vez.

Apareció en la pantalla la imagen de la parte de la isla que él había visto: el mar azul, los *bungalows*, las playitas, el yate, las

personas que gozaban de aquel extraño paraíso...

—Ésta es nuestra isla, doctor Sebastian. Aquí, en compañía de personas inteligentes, educadas, y de sanos principios morales, vivirá usted hasta que llegue el momento de la partida... No me interrumpa, por favor. Ignoro el momento exacto de nuestra partida, pero será muy pronto. Quizá un par de días, quizá un par de semanas, probablemente un par de meses... Pero llegará. Entonces, las casi doscientas personas seleccionadas por distintos motivos, partirán hacia su nueva y definitiva residencia. Mientras tanto, nada se le va a pedir que usted no pueda dar: su trabajo, su talento, su amistad. ¿Está de acuerdo doctor Sebastian?

Mike se pasó la lengua por los labios.

—En un principio, parece todo muy hermoso, Kind. Pero bastante incomprensible.

—Se lo explicaré en muy pocas palabras. En cierto lugar de la isla, en sus profundidades más inaccesibles, veinte hombres están terminando el gran proyecto: una nave espacial, circular; naturalmente, dotada de energía nuclear con una capacidad increíble...

—¿Un platillo volante? —sonrió Mike.

—No se lo tomé a broma, doctor Sebastian. Usted mismo verá esa nave en el momento oportuno.

—Está bien... ¿Qué pasa con ella?

—Los doscientos seleccionados abandonarán el planeta Tierra en esa nave.

El Gman quedó boquiabierto, completamente turulado.

—¿Me está tornando el pelo? —Gruñó al fin.

—No. ¿Ha observado usted el mundo, doctor Sebastian?

—¿El... mundo?

—Sí... Esa gente, el mundo. No hay bondad en él. Y podría haberla... ¡Debería haberla! Pero se ha demostrado que la mayoría de nosotros, esquivamos la bondad. Somos... animales ambiciosos. No nos basta con lo nuestro y con lo de hoy, sino que queremos lo de los demás para mañana... Aún a costa de los demás. ¿Me comprende usted?

—Desde luego. Es la ley de la supervivencia más feroz... ¿No?

—Ferocidad: he ahí la palabra exacta. Gracias, doctor. Vea lo que ocurre: unos tiran cosas porque les sobran; otros, carecen de lo

necesario. Hay ignorancia, ambición, maldad y ferocidad. Diferentes ideas religiosas y políticas. Diferentes razas, diferentes mentalidades. Hoy día, sobran medios para haber arreglado esas cosas. Si los hindúes sacrificaran sus vacas, comerían... ¿Qué no bastan las vacas? Muy bien: entonces, Estados Unidos por ejemplo, podría invertir en la India el dinero que está malgastando en la guerra del Vietnam. Es sólo un ejemplo. Le hablo de Estados Unidos porque usted es de ese país. Hay zonas áridas en la tierra, ¿no es cierto? Por lo tanto, aparentemente, no se puede cultivar. ¿Sería muy difícil hacer llegar el agua a esas zonas? No. En absoluto difícil, doctor Sebastian: unos cuantos canales solucionarían el problema a muchísima gente. Tomemos otro ejemplo... Los negros de su país no están contentos de los blancos... y viceversa. ¿Solución? Cada uno en un sitio diferente. Pero los negros no quieren... Y así, estaríamos hablando de miles de cosas que ocurren por la ambición, la maldad, el egoísmo y la carencia de inteligencia de ciertas personas o razas. Hoy día, todo eso podría solucionarse ya. Y desde el momento en que no se soluciona, es que siempre existirán las mismas cosas: guerra, hambre, muerte, incultura... ferocidad. Pues bien: nosotros escaparemos de todo esto.

—¿En el... platillo volante?

—Exactamente. Los doscientos seleccionados, todos ellos de la misma raza, todos ellos perfectamente sanos, equilibrados, inteligentes y competentes en diferentes actividades, partirán dentro de poco en la nave espacial...

—¿Hacia dónde?

—Hacia un nuevo mundo que debe haber en alguna parte del universo. Un mundo nuevo donde todo sea armonía, paz y bondad. El hombre es el dueño del universo. En cualquier parte de éste donde caiga, seguirá mandando. Dejaremos a la Tierra que se las componga como pueda, hasta que decaigan moral y físicamente. Los dejaremos con sus miserias, sus ambiciones, sus odios y su ferocidad. Y haremos un nuevo mundo para seres humanos mejores.

—Pero..., ¿cuál será ese nuevo mundo? —insistió Mike.

—Lo buscaremos. Dígame, doctor Sebastian: ¿cómo va su descubrimiento? Es muy importante para el nuevo mundo... Si lo pone en práctica, no habrá locos, no habrá perturbaciones mentales de ninguna clase... ¿Cierto?

—Sí —musitó Sebastian.

—Magnífico... ¡Realmente magnífico! Oh, encontrará usted gente famosa en nuestra isla, doctor. Se entenderán bien, porque todos están bajo el signo de la inteligencia genial. Y a propósito de entendimientos, doctor: usted tiene derecho a una de las muchachas que verá en la isla...

—¿Derecho?

—Derecho exclusivo. Sería preferible que encontrase una compañera con la cual pudiese armonizar afectivamente. Pero, si no es así, le aconsejo que elija la que le guste, simplemente. Bien entendido que será una sola. Quiero que comprenda que esto es, simplemente, una nueva raza en marcha, no un... prostíbulo. Por supuesto, deberán tener cuantos más hijos mejor. Dentro de veinte años, y teniendo en cuenta que sus hijos se casarían con los de sus compañeros más bien a temprana edad, ustedes podrán ser ya unos dos mil y pico, que en veinte años se convertirían en cuarenta mil...

—Ya voy comprendiendo esa progresión —sonrió ceñudamente Mike—. ¿Qué ocurrirá si mi elegida se niega?

—Eso no sucederá, doctor. Esas muchachas fueron traídas aquí por su propia voluntad, sabiendo muy bien cuál era su misión. Son todas jóvenes y hermosas, sanas y aceptablemente inteligentes. No habrá fallos genéticos, ni de ninguna clase. Usted elija, simplemente. Mejor si la elección es mutua, por supuesto. —Claro... Muchísimo mejor...

—Veo en su rostro una expresión irónica, doctor Sebastian.

Mike miró hacia el objetivo que le estaba enfocando.

—Mire, Kind... Usted mismo dice que yo soy inteligente en grado no corriente. Por el amor de Dios: ¿pretende que me crea todo esto del nuevo inundo, de la nueva raza, de las chicas que están esperando ser elegidas...?

—¿Se convencería si viese la nave espacial, doctor?

—Es posible.

—Pues la verá muy pronto.

—A pesar de eso, todo sigue pareciéndome descabellado.

—¿Más descabellado que la actitud de la actual raza humana?

Mike Sebastian parpadeó, un tanto confuso.

—Bueno... Ciertamente, no... Su idea parece... buena. Pero es descabellada. Es absurdo todo esto, Kind.

—La entrevista ha terminado. Se le indicará...

—¿Entrevista? ¿Qué entrevista? Usted me ha visto a mí, pero yo no le he visto a usted. ¿Dónde está, quién es, cómo es...?

—Si usted me viese, doctor Sebastian, posiblemente quedaría todo empeorado.

—¿Por qué?

—Porque... prefiero no hacerme visible.

—¡No me diga que es invisible! —dijo secamente Mike.

—Por supuesto que no digo semejante tontería. Sin embargo, permítame que, igual que a los demás, le niegue una entrevista personal. Lo lamento de veras. ¿Estará usted entre nosotros? ¿Es uno de los que se pasan el día tomando el sol o nadando, o...?

—No, doctor Sebastian... ¡Qué más quisiera yo! Sólo le diré que yo no pienso viajar con ustedes hacia el nuevo mundo, y que si usted me viese, me reconocería inmediatamente.

—¿Cómo habría de reconocerlo si no lo conozco?

—Usted sabría que yo era Kind. Pero no me verá, doctor. Ahora, por favor, salga de ahí. Lo están esperando.

Silencio total. La pantalla de televisión se apagó, dejando de mostrar vistas parciales y totales de la isla. Mike se puso en pie, fue a la puerta, y tiró de ella. No era Aaron Samuels quien le estaba esperando, sino tres hermosas muchachas en bikini. Hermosísimas, realmente. Algo... increíble. Las tres lo miraban con simpatía, amablemente. Una morena, una rubia y una pelirroja.

—Yo soy Odile —dijo la morena—. La rubia es Alberta, y la pelirroja Carla. Somos las., representantes de Kind, doctor Sebastian. Se puede decir que somos el mando visible de Mundo Feliz. Ah... ¿Qué tal?

—Su *bungalow* es el C, y su dormitorio, el XOM. Ya tiene allí sus cosas, doctor. Mmmm... ¿Alguna de nosotras es de su agrado? Quiero decir... Bueno, Kind ya le habrá explicado...

—Me ha explicado.

—Bien... ¿Alguna de nosotras le agrada?

—Las tres —sonrió Mike.

Odile, Carla y Alberta también sonrieron.

—Usted sabe que eso no es posible, doctor.

—Lamentable en verdad. ¿No podría... probar un pequeño anticipo de lo que podría resultar de la... elección de una de

ustedes?

—¿Se refiere a un beso?

—Ejem... Por ejemplo, sí...

—Oh, eso sí, desde luego, doctor Sebastian. Cuando guste...

Odile se acercó más a Mike, quien, por un instante, pareció no saber qué hacer. Optó, por lo que parecía más sencillo: besar a la muchacha. Odile aceptó y correspondió dulcemente al beso, apretándose contra el federal... quien después de haber besado también a las otras dos, se quedó un tanto demolido, aturdido.

—¿Y bien? —sonrió Carla.

—P-pues... tendré que pensarlo... La verdad es que las tres se han portado... exquisitamente... Tendré que pensarlo muy despacio...

—Hay tiempo, por ahora —aceptó Odile—. Ponle el cinturón, Alberta.

La rubia se colocó ante Mike: le sacó la camisa y la camiseta de los pantalones, dejando al descubierto la mitad inferior del torso del gman, ante la estupefacción de éste. Pero reaccionó cuando la muchacha mostró un cinturón ancho, de piel muy flexible, con agujeros destinados a permitir la respiración porosa. La hebilla era grande como un paquete de cigarrillos, plana, de color dorado.

—¿Qué están haciendo...? —masculló Mike.

—Es el cinturón reglamentario, doctor Sebastian.

—¿Reglamentario? ¿Debo llevarlo puesto siempre?

—Siempre. Puede deslizado arriba y abajo del cuerpo, pero no quitárselo... Por favor, permita que Alberta se lo coloque.

—Bien... De acuerdo.

Alberta se lo puso; la hebilla sonó metálicamente al ser cerrada, y la rubia la señaló.

—Es un radioreceptor, doctor Sebastian, con un emisor especial acoplado. Podremos conversar con usted esté donde esté... o localizarlo. Y otra cosa muy importante: no intente quitarse el cinturón por ningún medio. Por ninguno, fíjese bien. Si lo hiciera, moriría.

Mike palideció ligeramente.

—¿Qué...?

—Sólo podrá quitarse el cinturón cuando nosotros lo desconectemos, Si no lo hace así, si lo corta, o lo desabrocha,

morirá. Igualmente moriría si pretendiese marcharse de la isla, ya fuese en alguna embarcación de cualquier clase, o a nado; moriría, se lo aseguro.

—¿Soy un prisionero, entonces?

—No, no... Es sólo una medida de seguridad por nuestra parte. Peligrosa y deplorable medida, pero no nos gustaría que alguien se lo llevase de aquí y usted contara lo que Kind le ha explicado; Espero que nos comprenda... y perdone.

El agente del FBI asintió con la cabeza.

—En definitiva —gruñó—, ustedes me han convertido en una especie de... robot. Me tienen completamente controlado.

—No debe tomárselo a mal.

Mike tenía el ceño hoscamente fruncido. Con un emisor en el estómago, y aquel trasto en la cintura, la definición que mejor se le ocurría sobre sí mismo era, ciertamente, la de robot. Pero tenía que aceptarlo todo, tener paciencia, esperar y enterarse de todo...

—No lo tomo a mal... ¿Algo más, señoritas?

—Nada más. Ya puede circular libremente por donde quiera.

—¿Por todas partes?

—Absolutamente por todas, doctor Sebastian. No hay limitaciones de ninguna clase.

—Bien... ¿Y qué hago, a qué me dedico?

—A lo que usted quiera. De momento, le sugiero que cambie ese traje por ropas más cómodas. Nos hemos permitido dejarle algunas prendas en su dormitorio, por si le gustan. Es usted libre en todos los sentidos, puede hacer lo que le venga en gana: dormir, pasear, trabajar, comer, leer... Feliz estancia en Mundo Feliz, doctor Sebastian.

—Son muy amables... ¿Hasta luego? —Odile asintió con la cabeza.

—Nos iremos viendo, claro que sí, doctor.

—¿Me mostrarán el platillo volante?

—Cuando recibamos la autorización.

—Bien... Ciao, nenas.

Salió de la quinta. Todo seguía igual, en silencio, en paz... Un par de gaviotas volaban en aquel momento por encima de la casa, hacia el mar. Pero no se veía ni rastro de un aparato en el cual pudiese llegar Clarence Hadaway y el equipo de

g-men

seleccionados para aquel raro asunto. Lamentó no disponer de una radio, y poder comunicarle a Hadaway que estaba en un mundo feliz... lleno de locos con platillo volante y todo.

Se dirigió hacia los *bungalows*, mirando hacia los felices moradores de aquel paraíso tan particular. También lo miraban a él pero nadie le dijo nada. Una muchacha estaba en el extremo del trampolín, lista para saltar a la piscina. Una muchacha de cabellos rubios, tan esbelta y hermosa, que Mike Sebastian se detuvo en seco, sin aliento, aturdido, incrédulo, estupefacto. ¿Era posible aquella perfección? Llevaba un maillot blanco, muy ligero, con dos flores rojas bordadas sobre su cadera. Su boca era un poquito grande pero llena, brillante, sugestiva. Tenía los ojos... verdes. Parecían verdes. Llegó a la velocísima conclusión de que ni juntando la belleza de Odile, Alberta y Carla era suficiente para competir con la de aquella muchacha del maillot blanco.

Ella saltó, se hundió en el agua... Y Mike Sebastian quedó desconsolado.

Todavía tardó unos segundos en darse cuenta de que estaba allí como un tonto, clavado en el suelo, mirando el esbelto cuerpo deslizándose ya por la superficie del agua que parecía azul...

Agitó la cabeza y continuó hacia los *bungalows*. Entró en el que tenía en la puerta la letra C, encontró la puerta marcada XOM, y la empujó.

Bien. Un bonito y fresco dormitorio, con libros, televisión, radio, Hi-fi,

un par de butaquitas, una mesita con lámpara... Un alojamiento agradable, aunque quizá un poco pequeño. Sobre la cama se veía su maleta, así como prendas: sombrero de paja, muy simpático: camisas floreadas, dos *shorts*, sandalias... Y un periódico. Lo cogió, lo abrió... Había sido editado en Darwin, Australia. En la parte inferior derecha de la primera página, la noticia:

«HA DESAPARECIDO MIKE SEBASTIAN, el médico investigador norteamericano que aseguraba haber descubierto el sistema de intervención directa en el cerebro humano por medio de la electricidad. Tampa. El médico norteamericano Mike Sebastian, que hasta

hace pocos días era completamente desconocido en el mundo de la Ciencia, ha...».

Bien. Conocía la historia, pero la leyó; no decían nada interesante, desde luego. Lo único que comprendió fue que hacía dos días que Aaron Samuels había aparecido en su casa. En dos días había sido llevado a... ¿A dónde? ¿Dónde estaba? Oyó los pasos en el corredor del *bungalow*, acercándose a su dormitorio, y se volvió, fija la mirada en su puerta, todavía abierta.

El hombre que apareció en ella sonreía amistosamente. Debía medir cuatro o cinco pulgadas más que el gman, de modo que su estatura entraba dentro de lo gigantesco. Cabellos rojos, rostro muy pecoso, ojos azul intenso, boca grandota, mentón recio. Resultaba simpático al primer golpe de vista. Ancho de hombros, fuerte, sonriente...

—Hola —saludó—... Me llamo Pavel Nikov. Soy ruso... ¿Quién eres tú?

CAPÍTULO VI

El agente del FBI no pudo contener una sonrisa de simpatía hacia el jovial gigante pelirrojo.

—Mike Sebastian, norteamericano.

—Oh... Lagarto, lagarto —rió Nikov; hablaba perfectamente el inglés, en cuyo idioma, con gran acierto, se había dirigido a Mike— ... Me suponía algo así. Cuando un hombre mira como tú lo has hecho a la congelada Úrsula Garvan, es porque tiene el descaro propio de los americanos.

Ahora, a Mike le costó un poco sostener la sonrisa. Naturalmente: aquella hermosísima muchacha del maillot blanco, era Úrsula Garvan, la canadiense pedagoga desaparecida; había notado algo familiar en su rostro, pero los rubios cabellos le habían desconcertado. Se consideró un poco tonto por no haber comprendido que lo que había visto no eran los cabellos naturales de la canadiense, sino una de esas pelucas que se utilizan para el baño, de cabellos artificiales. Claro que la distancia era suficiente para disculparle aquel fallo...

—No soy descarado —protestó amablemente—: sólo un admirador de la belleza.

—Yo también —suspiró Pavel Nikov—... Pero en este caso, no hay nada que hacer.

—¿Está congelada? —ironizó el gman.

—Supongo que es algo así. Aunque supongo que algún día encontrará quien la... descongele. Ojalá seas tú mismo, por ejemplo. Me gustaría ver a esa chica derritiéndose como un bombón en un horno. ¿Vas a intentarlo?

—No he pensado seriamente en ello. Tengo la impresión de que, en nuestras circunstancias, hay cosas mejores en qué pensar. Una de

ellas —se interrumpió apenas un segundo, fruncido el ceño, porque el ruso estaba señalando su cinturón con una mano y una oreja con la otra; le estaban escuchando, indicaba claramente— es ver ese platillo volante que nos llevará a un mundo nuevo. ¿Tú lo has visto?

—Todavía no. Pero me aseguraron que lo vería en el momento oportuno. Supongo que lo mismo te han dicho a ti. Oh, me volveré de espaldas... Los americanos sois muy pudorosos, lo sé.

Se volvió, y Mike se quitó los calzoncillos, única prenda que le quedaba puesta. Se puso un *slip* metió los pies en unas sandalias, y cogió una camisa floreada. Era bonita y alegre.

—Ya estoy visible —dijo—. Me pregunto qué podemos hacer en este... paraíso.

Pavel se había vuelto. Miró aprobativamente las finas y musculadas piernas del gman, las brevísimas caderas, que parecían apretadas hasta ocupar el mínimo espacio visible, los hombros anchos...

—Podemos hacer toda una serie de cosas a cual más interesantes. Desde trabajar en nuestras respectivas profesiones, a perder el tiempo del modo más delicioso y estupendo del mundo. La verdad es que yo necesitaba unas vacaciones así... Y salen gratis.

Rieron los dos. Mike Sebastian se dejó la camisa abierta, colgando cómo un alegre trapo entre los hombros.

—¿Cuál es tu profesión? —preguntó, ofreciendo un cigarrillo al ruso.

—Matemático. —Nikov aceptó el cigarrillo—. Y dicen que muy bueno. Total, porque acometé contra una serie de ecuaciones que nuestro universal Einstein dejó sin terminar.

—Fantástico —se maravilló el gman—... ¿Conseguiste algún resultado final, definitivo?

—Estaba camino de ello, según creo, cuando de pronto, ¡zas! Noté un golpecito en la espalda, como un pinchazo, cuando acababa de salir del Museo Pushkin, en Moscú. Luego sé que viajé en avión, y... ¡aquí estoy!

—La historia es más o menos parecida —admitió Mike.

—¿A qué te dedicas tú?

—Pues... a estudiar el cerebro humano.

—¿De veras? —Se maravilló Nikov—. Bueno, estoy seguro de

que eso es muchísimo más difícil que las ecuaciones de Einstein.

—Sí —rió Mike—. Pero nadie puede contradecirme, y a ti sí.

—¡Es cierto! ¿Eres siquiatra, o algo así?

—Mmm... Digamos, siquiatra teórico. Mi última teoría, que considero en vías de aplicación o poco menos; consiste en la intervención directa en coágulos y puntos débiles del cerebro por medio de la corriente eléctrica. Así, pueden curarse ciertas parálisis, la locura, las embolias, etcétera.

—¡Fiuuu...! —Silbó Nikov—. ¡Eso sí que es importante! Bueno, en realidad, todos los que estamos en Mundo Feliz somos importantes... relativamente, claro. ¿Has almorzado?

—No.

—Te invito. Podemos pedir todo lo razonable. No sé si lo crearás, pero quise fastidiar a nuestros... anfitriones, y les pedí caviar del Caspio con cebollitas de Ucrania. Me lo proporcionaron con la misma naturalidad que si hubiese pedido pan con mantequilla. He llegado a la conclusión de que cada uno de nosotros estamos siendo objeto de profundo estudio psicológico y vital. Soy ruso: luego, debe gustarme el caviar. Y nada más sencillo, tras esta deducción que conseguir caviar antes de que yo lo pida.

—Bueno... Pero conseguir precisamente caviar del Caspio y cebollitas de Ucrania...

—No distingo un caviar de otro, ni entiendo nada de cebollas. Para mí eran lo que pedí. Pero a lo peor, el caviar era de salmón del Mar del Norte, y las cebollitas de Hungría. ¿Quién sabe?

Mike Sebastian se echó a reír de verdad. Pavel Nikov le estaba resultando profundamente simpático. Salieron del *bungalow* riendo los dos. Pavel resultaba algo molesto de llevar al lado, por su colosal estatura y sus piernas larguísimas, que parecían ir a desviarse hacia cualquier lado de un momento a otro, como si no supiera moverlas muy bien.

—Te presentaré a algunos de los componentes de esta selecta raza elegida para formar un nuevo mundo. No hay nadie que tenga más de cuarenta años, ni enfermos, ni feos... Ni siquiera un simple asmático, o alguien que tenga... eczema, por ejemplo. Nada... Somos la perfección del planeta Tierra. ¿No te sientes orgulloso de haber sido... seleccionado?

—Me siento igual que... que un semental.

—Si —torció el gesto Nikov—... Algo así, es cierto. Pero las chicas son todas muy bonitas y amables. Si las quieres besar, en lugar de protestar, te lo agradecen. No se pasa mal... ¿Has visto ya a Paoli, Jurgen y Atkinson?

—No... ¿Quiénes son?

—Tres tipos asombrosos. Altos, guapos, fuertes, bastante inteligentes, amables, educados... Mira: allá veo a Paoli. Los demás deben estar preparando nuestro almuerzo, que nos servirán en la gran mesa que se ve bajo aquellas palmeras, cerca del mar... Pues como te decía: Paoli, Atkinson y Jurgen, son asombrosos. Una especie de Apolos serviciales. Algo así como Carla, Odile y Alberta, sólo que en hombre. Naturalmente, trabajan para Kind; pero están a nuestra completa disposición.

—¿Son criados?

—Algo así, pero en selecto. Yo los llamo «representantes de Public Relations» en este Mundo Feliz. Cualquier cosa que les pidas, te la proporcionarán... Excepto armas. No verás una sola arma en Mundo Feliz. Están rigurosamente prohibidas. ¿No es delicioso?

—La idea es buena —aprobó Mike.

—Desde luego. Veo que algunos se dirigen ya hacia la mesa... ¿Te apetece un baño antes del almuerzo?

—No. A la tarde, quizá. Estoy ansioso por conocer a esas personas, Pavel.

—Nada más sencillo. Todos son personas estupendas... excepto Úrsula. No es que sea mala, no... al contrario. En mi opinión, es demasiado buena, la han defraudado demasiadas veces, y está demasiado alerta, demasiado predispuesta contra todo y contra todos.

—Deberías ser sicólogo, no matemático.

Llegaron a la mesa riendo nuevamente. Una mesa alegremente dispuesta, con flores, bebidas refrescantes en recipientes obtenidos con cocos o piñas, y cigarrillos de varias clases. Estaba estratégicamente colocada bajo la sombra de unas cuantas palmeras que juntaban sus copas, a menos de cincuenta yardas de la orilla del mar.

Pavel Nikov reunió a todas aquellas personas, y el agente del FBI reconoció inmediatamente a aquéllos cuyas fotografías había visto en la carpeta facilitada por Clarence Hadaway. Era cierto lo de

Úrsula Garvan: se había quitado la peluca de baño, y ahora se veían sus cabellos naturales de un rubio más claro y estirados. Era bellísima, y graciosísima su expresión juvenil y hosca. Aparte de ella, Sebastian reconoció a aquellos de los cuales se sabía que habían sido raptados, y de los cuales el FBI había conseguido fotografías: Federico Rosetti, agricultor italiano; André Joliot, oftalmólogo francés; Andrés Bermúdez, cardiólogo argentino; Edmund Ferguson, astrónomo británico. Además de estos cinco ya conocidos, estaban: Rick Van Dooren, ingeniero de automóviles, de Holanda; Herman von Lutz, ingeniero alemán...

Entretanto, llegaron Santiago Carranza, el arquitecto mejicano, ya conocido por fotografía. Y Robert Arlington y Charles Turner, ambos de Estados Unidos, y, por tanto, también conocidos por Mike; el primero era premio Nobel de Química, y el segundo estaba mundialmente considerado en Física y Electricidad... Fueron llegando más hombres y mujeres, de los cuales Mike Sebastian no conocía ya a ninguno. Finalmente, se sentaron a la mesa, todos de aparente buen humor... excepto Úrsula Garvan, por supuesto.

Paoli, Atkinson y Jurgen, eran, en efecto, tres guapos tipos de formidable estatura y magnífica musculatura. Amables, sonrientes, educados... Servían la mesa con gran pericia, y estaban al tanto de todo... Llevaban unos *shorts* y una camisa, ambas prendas blancas, y unas sandalias de paja amarilla. Simpáticos en verdad.

Todos simpáticos, todos amables, excelente humor en general, pero... ¿Dónde estaba Roscoe Landing, el último americano desaparecido, técnico de Aeronáutica General? ¿Adonde habían llevado al hombre que quince días antes había sido raptado en la nieve, en una de las laderas de Sun Valley? Por supuesto, no podía preguntarlo, ya que se suponía que debía ignorar todo lo referente a Landing.

Así pues, Mike Sebastian, agente del FBI... sólo podía hacer dos cosas, por el momento. Una, conseguir una radio y llamar con la frecuencia SVA3022 a Clarence Hadaway suponiendo que éste se hallase cerca. Dos continuar comiendo alegremente en tan agradable compañía internacional.

Sin duda, esta segunda actitud era la más razonable... y la única que podía adoptar.

CAPÍTULO VII

—¿Qué tal juegas al ajedrez? —le preguntó Pavel Nikov.

—Pues creo que estupendamente. ¿Por qué?

El ruso sacó las dos manos, que había mantenido ocultas a la espalda. Las mostró cerradas, y Mike, sonriendo, tocó la derecha, que se volvió y se abrió.

—Negras —abrió la mano—. Para mí las rojas. Adecuado, ¿no te parece?

Hacían muy buenas migas. Se dirigieron a un lugar sombreado por un tejadillo de hojas de palma, donde se veía una mesita con el resto de las piezas, de madera de teca, negras y rojas. Pasaron cerca de Charles Turner, el físico americano, que puso cara de espanto, y colocó un pulgar hacia abajo.

—Estás listo, Mike —advirtió—. A Nikov no le gana nadie.

—Eso lo veremos.

Se sentaron ante la mesita. Paoli les trajo café, y cigarros liados a mano.

—Yo salgo —dijo Nikov moviendo un peón.

—¿Eh...? ¿Qué...?

El ruso miró hacia la palmera más cercana al mar, donde Úrsula Garvan estaba sentada, con la espalda apoyada en un tronco. Tenía en las manos una gran libreta y un bolígrafo, y parecía abstraída, de un modo u otro, la muchacha estaba como para hacer perder el paso a un batallón en fecha de desfile nacional... Eso pensaba Mike, al menos.

—He salido —sonrió Nikov—. Con este peón. Si continuas mirando las piernas de Úrsula, no me durarás ni medio minuto.

—No miraba sus piernas —gruñó Mike.

—¿No? ¿Qué mirabas?

—Todo.

Una vez más se echaron a reír. Uno de los larguísimos dedos de Pavel Nikov apuntó el tablero.

—Mueve.

Mike dedicó casi tres minutos a su primera jugada. Y cuándo sacó el caballo derecho, se sintió tremendamente satisfecho. El ruso, por su parte, lo miró como asombrado. Hizo su propia jugada, Mike efectuó la siguiente, y entonces Nikov adelantó su reina.

—Jaque... mate.

—¿Cómo? —aulló el gman.

Nikov se lo quedó mirando, sonriendo. Eso fue todo. El agente del FBI tardó todavía un minuto en convencerse de que, efectivamente, había perdido la partida en tres jugadas. Se quedó mirando enfurruñado al ruso, antes de ponerse en pie, mascullando.

—Al demonio los matemáticos...

Se alejó de allí, dejando a Nikov con la boca estirada en una descomunal sonrisa. Naturalmente, su camino iba directo hacia Úrsula Garvan...

—Eh, Mike —llamó Turner, desde una hamaca—. ¿Qué ha pasado?

—¡Grrr...! —replicó el federal.

Se desentendió de la risa de su compatriota, llegó junto a la palmera, y se sentó a un lado de la pedagoga canadiense.

—Hola —saludó jovialmente—. ¿Qué haces?

Ella lo miró, lentamente. Tenía unos ojos enormes, verdiazules, tan tremendos, que Mike Sebastian se sintió de pronto muy tímido.

—Trabajo —dijo ella.

—Ah... ¿En pedagogía?

—Claro.

—Es una bonita profesión... ¿Te gustan los niños?

—Mucho. Pero soy soltera, y como consecuencia casi lógica, no tengo ninguno.

—Claro... Bueno, eso tiene fácil arreglo.

—¿Tú crees? ¿Cuál es ese arreglo?

—Caramba —casi enrojeció el gman—... Vaya, demonios, que yo sepa aún no se han inventado los niños artificiales. Ése es un detalle que incluso está previsto en el mundo nuevo al que, según parece, iremos a parar.

—Sí... Hay muchas chicas bonitas en la isla... ¿Has hecho ya tu elección?

—Así es, así es —sonrió Mike.

—Quizá debo informarte que no está permitido elegirnos entre nosotros mismos, los privilegiados. Yo puedo elegir, pero no ser elegida. De manera que si me vas buscando a mí, pierdes el tiempo, Mike Sebastian.

—¿Por que? No creo ser tan feo, ¿eh?

—Desde luego que no. Es solamente que me pareces un poco tonto.

—¿Tonto? —Quedó estupefacto Mike.

—Más bien tonto.

—Y..., ¿en qué lo has notado?

—En todo; me miras como si de verdad te gustase, y tus pensamientos hacia mí son claros como el cristal. No me gustan.

—Son pensamientos muy normales —gruñó el gman.

—Lo sé. Los he adivinado en cientos de hombres. Me gustaría encontrar uno solo que fuese capaz de... mostrarse diferente. Es fastidioso que siempre la anden rondando a una con un solo pensamiento fijo.

—¿De manera que fe gustan los hombres diferentes?

—Diferentes, sí.

—¿Puedo sugerirte uno?

—Oh, sí, sí...

—¿Por qué no encargas que te traigan la momia de Tutankamon, rica?

Se puso en pie, se fue hacia una palmera cercana, y se tumbó en la arena. Cuando miró hacia Úrsula Garvan, ésta se hallaba todavía bajo los efectos del más absoluto estupor. Mike Sebastian la saludó con un dedo, muy impertinente. Luego, cerró los ojos, y se durmió. No era mala idea aprovechar aquellas vacaciones.

CAPÍTULO VIII

Pero como no todo podían ser vacaciones para un agente especial del FBI, a media tarde tenía ya trazado un tímido plan de acción. De vigilancia, más bien. La presa elegida fue Odile, una de las tres estupendas representantes del misterioso Kind.

Parecía la más seria, la más activa. Era, al mismo tiempo, la que se veía menos por allí. Alberta estaba nadando en la playa, con Pavel Nikov y Rick Van Dooren. Carla estaba besándose con el mejicano Santiago Carranza. Úrsula Garvan parecía dormitar. Los demás se hallaban dispersos, en pequeños grupos. Algunos todavía dormían, en hamacas o sillones de cañas. No se oía más que el leve rumor de las risas de Alberta y Pavel en el mar. El sol parecía un dibujo inmóvil en el cielo. Y también parecía un dibujo todo lo que rodeaba al gman: los *bungalows*, la gran quinta, las palmeras, las flores de hibisco... Todo.

Todo quieto y en calma, menos Odile. Había salido de la quinta un par de minutos antes, y había desaparecido hacia la parte de atrás, internándose en la amable jungla. Y como dos minutos eran ya casi demasiado tiempo, Mike Sebastian se puso en pie y se fue tras ella.

No había caminos por allí. Sólo una selva ligera, fácil de atravesar. En algún punto, le pareció ver suaves hendiduras en el terreno, una ramita tronchada, otras que aún se movían... Se sintió un poco Tarzán de los Monos en seguimiento de una presa a la que no veía... Pero la vio de pronto.

Estaba como a sesenta yardas de él, caminando a buen paso por entre la vegetación. Veía su espalda tostada por el sol, el colorido de su bikini... Un ave emitió un grito de pronto, y Mike se sobresaltó, y se ocultó tras unas matas. Pero Odile continuó

caminando, indiferente.

La estuvo siguiendo durante diez minutos más, aproximadamente. La vio detenerse junto a un ancho arroyo de aguas cristalinas, al pie de una pequeña cascada. Allí, en el borde, se detuvo Odile. Se quitó el bikini rápidamente, dejando patitieso a Mike Sebastian, y se metió en el agua.

¿Tenía aquello alguna lógica?

Ninguna absolutamente. Para nadar, un bikini no molesta demasiado. Y si la muchacha quería nadar desnuda, podía haber escogido cualquiera de aquellas playitas cercanas a la quinta. Habría sido mucho menos molesto, no habría tenido que caminar quince minutos a través de la selva. Por otra parte, Odile no parecía de esas chicas a las que les preocupa lo mas mínimo llevar o no llevar bikini.

Se acercó un poco más. Esperaba oír el chapoteo de Odile en el agua, pero no pudo percibirlo. Solamente se oía el rumor de la cascada diminuta, al deslizarse del agua. Claro que con tanto ruido podía confundir los sonidos...

Trepó ágilmente a un árbol espeso, chato, de frondosa copa, y apartó el ramaje... Ajajá. Desde allí podía verlo todo perfectamente. Vio la cascada, la fosa, el arroyo... Pero no a Odile. Lo que sí veía era su bikini, colgadas las dos piezas en una ramita.

¿Se habría ahogado la muchacha? La idea le pareció tan pueril que la desechó inmediatamente. Permaneció todavía cinco minutos en el árbol, cada vez más inquieto. Por fin, bajó, y dio un par de pasos hacia la pequeña cascada... Se detuvo en seco. El cinturón... Si era cierto lo que le habían dicho, el emisor debía estar delatándolo en aquel momento. Quien recibía la señal, sabía el punto exacto donde se hallaba Mike Sebastian... O solamente podían saber que uno de los «Invitados» estaba por allí, pero no cuál de ellos era. No... No, no... Cada emisor debía proporcionar una señal distinta, naturalmente. Todos debían estar diferenciados. De manera que ahora sabían que Mike Sebastian estaba cerca de la cascada.

Examinó el cinturón lo mejor que pudo. Quizá era una tontería aquello de que moriría si lo cortaba para quitárselo, o si se lo quitaba de cualquier otra forma. Pero...

Estuvo pensativo un minuto y llegó a la conclusión de que lo

mejor por el momento era volver a la playa.

CAPÍTULO IX

Después de cenar, también al aire libre, Pavel Nikov le propuso la revancha al ajedrez, pero el gman, cómicamente, echó a correr hacia la playa, agitando las manos en clarísima negativa. Úrsula Garvan y el astrónomo británico Edmund Ferguson estaban mirando las estrellas con un telescopio bastante potente, asentado sobre un trípode.

Mike fue allá, y se colocó a espaldas de ambos.

—¿Puedo mirar? —pidió.

—Hola, Mike —saludó el británico—... Desde luego. ¿Entiendes algo del universo?

—Bastante, me parece.

—Esperemos que no le ocurra igual que con su partida al ajedrez contra Pavel —dijo irónicamente Úrsula.

Mike la miró, frunció el ceño..., y se dedicó a mirar por el telescopio. Estuvo un par de minutos dedicado a ello. Cuando se apartó, dijo:

—Evidentemente, las estrellas no son luces que encienden los angelitos.

—Qué ingenioso —se burló Úrsula.

El gman volvió a mirarla con el ceño fruncido, pero tampoco esta vez contestó. Pareció ignorarla, dedicándose solamente a Ferguson.

—¿Alguna estrella nueva, Edmund?

—Ninguna, que yo sepa.

—Lo digo por eso del viaje a un mundo nuevo. Se me ocurre que quizá Kind quiera enviarnos a alguna estrella errante que pase cerca de la Tierra en determinada lecha.

—La idea no es descabellada —sonrió el británico.

—Pero bastante simple y un poco tonta —insinuó Úrsula.

Mike Sebastian volvió a fruncir el ceño. Y esta vez sí replicó, sarcástico:

—¿Qué? ¿Ya ha encargado su momia del amor la frígida doncella de las nieves? ¿Cuándo es la luna de miel?

Úrsula Garvan enrojeció. Abrió y cerró la boca varias veces, pero, cuando al parecer ya se le había ocurrido una respuesta... Mike Sebastian se alejaba de allí, silbando, con las manos entrelazadas sobre la cabeza.

—¡Estúpido! —le gritó Úrsula.

Llegó la canción que cantaba, pésimamente, el agente federal:

«Yo tenía un amor en Canadá.

La pobre chica se llamaba Úrsula. Pero un día descubrí con estupor, que era tonta y detestaba el amor... Oh, mi Úrsula querida, ¿dónde, estás?

Yo te busco, busco, busco, y...».

—¡Cretino!

Edmund Ferguson hacía lo posible por no reír, mientras la voz destemplada de Mike Sebastian se perdía hacia la playa.

Y estaba llegando cerca de la orilla susurrante cuando Santiago Carranza apareció cerca de él, haciéndole señas, con la diestra. Con la derecha ante la boca, hacía señas a Mike para que guardase silencio.

El gman lo esperó, intrigado. El mejicano llegó junto a él, y acercó su boca al oído de Mike.

—Me voy a escapar esta noche, Miguel. ¿Vienes?

Mike se apartó, mirándolo sobresaltado: Iba a hablar, pero recordó el cinturón por el que podían oírlo, y acercó su boca a la oreja del mejicano.

—¿Estas loco? —musitó—. Vas a morir si lo intentas.

—Paparruchas —se fueron cambiando de postura ambos—. Esto del cinturón son paparruchas, Miguel.

—Quizá no lo sean; además..., ¿adonde piensas ir?

—Sé que hay costa a unas diez o doce millas hacia el Sur. Me parece que es Australia. Una vez allí, estaré a salvo.

—¿Vas a nadar diez o doce millas, y de noche?

—Puedo hacerlo.

—Y yo también masculló Mike. —Pero no interesa. No quiero

morir de un modo... misterioso.

—Sois una pandilla de cobardes —aseguró el mejicano Carranza—. Mañana, vosotros seguiréis aquí, y yo estaré camino de Méjico.

—O del infierno. O en la barriga de algún tiburón. No seas loco. Santiago. Tengamos calma.

—Llevo aquí más de un mes. Estoy harto. Yo me voy. ¿Vienes o no vienes?

—No. Y si me hicieras caso...

—Vete al...

Santiago Carranza se alejó de él, disgustado. A partir de aquel momento, Mike no le perdió de vista. Lo vio hablar con el gigantesco Pavel Nikov, con el francés André Joliot, con Andrés Bermúdez, el cardiólogo argentino... Todos ellos demostraron claramente que se negaban a participar en la aventura. Y después de proponérselo a Bermúdez, Carranza desistió de su empeño.

Cuando ya estaba en su dormitorio, con el sueño cerrando sus ojos, Mike Sebastian se preguntó si el mejicano lo intentaría a solas...

CAPÍTULO X

—Mike... ¡Mike!

Abrió, los ojos, sobresaltado. Normalmente, su sueño era ligero. Bastaba en ocasiones tan sólo el rumor de una respiración descompasada para despertarlo. Pero, al parecer, la vida tranquila de Mundo Feliz iba relajando su tensión, calmándolo. Lo cual, si bien es bueno, en unas auténticas vacaciones, no resulta en modo alguno conveniente cuando se está prácticamente prisionero.

—¿Qué...? ¿Qué pasa?

El pecoso rostro de Pavel Nikov estaba sobre él.

—Ven a la playa... ¡Deprisa!

El agente del FBI sólo tuvo que saltar de la cama. En el pasillo del *bungalow* se encontraron con Andrés Bermúdez y Herman von Lutz. Ambos estaban pálidos, pero el argentino mucho más que el alemán, cuyo conocimiento del inglés era el más defectuoso de todos cuantos estaban allí.

—¿Lo haber visto? —musitó.

Mike miró atentamente al argentino.

—¿Te encuentras bien, Andrés?

—No... Temo que no... Pero quiero ir a verlo... Corrieron todos hacia la playa. Úrsula Garvan salía del *bungalow* con otras mujeres importantes. Los demás también salían del segundo *bungalow*...

Cuando llegaron a la playa, Odile, Alberta y Carla estaban allí; y también Paoli. Atkinson y Jurgen. Estos dos últimos con el cadáver de Santiago Carranza en alto, uno alzándolo por los tobillos y el otro por los sobacos. El mejicano estaba todavía mojado, y su cabeza colgaba flojamente...

—¿Qué ha ocurrido? —musitó Mike:

—Quiso marcharse de Mundo Feliz —aclaró sombríamente Odile

—..., Y ya se le había advertido que moriría si lo hacía. Recibimos la señal de su alejamiento hacia el mar, y comprendimos la verdad. Es lamentable, pero ha muerto.

—¿Se ha ahogado? —Casi tartamudeó Úrsula.

—Cuando se le ocurra otra tontería semejante, apúntela. Para enseñar a los niños lo que no deben decir —atacó Mike Sebastian—. ¿No ve que no ha muerto ahogado, faraona?

Úrsula Garvan se mordió los labios, y no replicó. Andrés Bermúdez había puesto una mano sobre el corazón del mejicano, lo cual era un gesto en verdad inútil... De pronto, alzó la dorada hebilla que cerraba el cinturón, separándola cuanto pudo del vientre de Carranza, y volviéndola al revés.

Entonces, todos supieron, parcialmente de momento, cuál había sido la causa de su muerte: la hebilla que contenía el radioreceptor y el emisor de señales parecía diferente ahora, mostrando una serie de pequeñas agujas que salían de todos lados.

Odile acabó de aclarar el asunto.

—Las agujas funcionan cuando nosotros queremos. Salen con fuerza, y algunas de ellas, según la postura de la hebilla, se clavan en la carne. No importa la profundidad de la herida, puesto que están impregnadas de un veneno inalterable.

La hermosa morena empleada de Kind se dio cuenta de las hoscas miradas que caían sobre ella. Se limitó a encoger los hombros, dando a entender que la actitud de los invitados no la preocupaba.

—Nosotros lo lamentarnos más que ustedes —aseguró la pelirroja Carla—. Pero era necesario.

—¡Lo lamentan! —exclamó abruptamente Robert Arlington, el premio Nobel de Química.

—Por supuesto que sí. En nuestro nuevo mundo..., ¿quién dirigirá ahora la construcción de los edificios que precisaremos?

—¡Ustedes están todos...! —empezó airadamente Edmund Ferguson perdiendo su flema británica.

Pero un codazo de Mike Sebastian le hizo comprender que no valía la pena discutir por un muerto, y sí en cambio conservar la serenidad para no morir ellos.

—¿Decía usted algo, señor Ferguson? —preguntó Odile.

—No decía nada —sonrió agriamente Mike—. Al menos, parece

que ha decidido no decir nada.

—Decisión que usted debería también adoptar, doctor Sebastian. Pueden creerlo o no, pero lamentamos mucho lo sucedido y esperamos que esto no cambie nada en Mundo Feliz. Por favor, retírense. Les servirán pronto sus desayunos, Lleváoslo, Jorgen.

El grupo se disolvió, lentamente. No parecía que nadie tuviese un gran apetito.

—Doctor Sebastian —llamó Odile.

Mike se acercó a ella, quedando apartados los dos.

—¿Sí?

—No quiero que vuelva a seguirme, ¿lo entiende?

—Yo no...

Odile le atajó con un gesto.

—No diga tonterías, por favor, sé que me siguió... ¿Por qué? Me refiero, por supuesto, a ayer tarde, cuando yo fui a bañarme a la cascada... ¿Qué quería usted?

—Bueno —consiguió sonreír el gman—... La verdad es que usted es la chica que más me gusta, y...

—Parece que ha olvidado su conversación con Úrsula Garvan. La que tuvieron ayer antes de seguirme usted... Cuando le aconsejó que se hiciese traer la momia de Tutankamon. ¿No era ella la elegida?

—Pues sí... Vaya... Ustedes lo oyen todo, ¿eh?

—Casi todo, creemos. ¿Por qué me siguió?

—Yo... pensé que quizá usted no fuese tan esquiva como Úrsula Garvan. Y al, fin y al cabo no hay demasiada diferencia entre ambas... Me pareció que si nos veíamos a solas por la selva, pues... podríamos... convertirnos en pareja.

—¿Me vio usted? —sonrió Odile.

—Ejem... Temo que sí.

—¿Y por qué no vino entonces?

—Yo... quise esperar a que se metiera en el agua. Era violento para mí, compréndalo. En el agua, pues, no era lo mismo, aunque estuviese sin el bikini. Entonces, vi que no salía a la superficie, temí que le hubiese ocurrido algo... y me fui.

—¿Se fue? ¿Se marchó de allí aún suponiendo que podía haberme ocurrido algo?

—Me pareció que quizá podrían haberme... acusado de algo...

No se exactamente. Creo que... que tuve miedo de que me acusaran de algo.

Odile estuvo mirándole fija, intensamente, durante casi medio minuto. Naturalmente, perdía el tiempo, porque en la asignatura del mentir, Mike Sebastián podía ser más cínico que ella un millón de veces. —Está bien— aceptó ella, al fin—... ¿Quiere... algo, ahora? Si me ha elegido como pareja, yo le...

—No, no... Estoy impresionado por esto de Carranza... Creo que éste no es el... momento adecuado.

—Muy bien. Cuando crea que sí es el momento, sólo tiene que llamarme. Ojalá que nos compenetremos bien, Mike.

—Sí... Ojalá...

Ella volvió a sonreír, se alzó, sobre las puntitas de los pies, y besó en la boca al gman, que tuvo que hacer un esfuerzo en verdad considerable para corresponder.

—Hasta luego, Mike.

—Hasta luego, Odile.

Ella se alejó en pos de Carla, Alberta y los tres servidores, dos de los cuales llevaban el cadáver de Santiago Carranza. Mike se volvió hacia su *bungalow* y vio a Úrsula Garvan apoyada en una palmera, muy cerca de él. Naturalmente, lo había visto todo. Y hasta era posible que lo hubiese oído. Cuando pasó cerca de ella, la muchacha canadiense chascó dos dedos burlonamente.

—Por lo visto te consuelas pronto de todo, Mike Sebastian.

—Quizá —gruñó el federal—. Lo que si es seguro es que no me gustan las momias. Olvídame, faraona.

—¡Grosero!

—Ciao, témpano.

CAPÍTULO XI

Santiago Carranza fue enterrado aquella tarde, jungla adentro, aunque sin llegar al lugar donde Odile se había bañado, en la pequeña cascada de aguas transparentes como fino cristal. Para la ceremonia apareció Aaron Samuels, que pareció mirar con especial simpatía a Mike Sebastian. También aparecieron todas las chicas que pululaban por la isla a la espera de ser elegidas. En total, unas ciento veinte personas. Es decir, que aún faltaba una buena cantidad para alcanzar los doscientos que deberían viajar a un nuevo mundo.

La ceremonia, presidida por Aaron Samuels, fue breve y sencillísima. No hubo oraciones, ni lamentos. El cadáver fue metido en la fosa, envuelto en una lona, y cuando estuvo cubierto, Samuels musitó algo que parecía una plegaria:

—Ya estás muerto, Santiago Carranza. Permita el Creador que no vagues durante mucho tiempo en las tinieblas del Universo.

Eso fue todo. Y quizá, en realidad, suficiente, si se tiene en cuenta que a los muertos se les puede ofrecer muy poco consuelo. Poco... o ninguno. Seguramente, ninguno. No, al menos, por parte de los que quedan vivos.

La breve ceremonia fue un tanto sorprendente. Sólo un poco... Lo que sí resultó sorprendente de verdad fue la voz de Kind, inconfundible, que se oyó de pronto sobre la tumba de Santiago Carranza:

—Señores: su atención, por favor.

Hubo un movimiento un tanto extraño. Un movimiento general de sorpresa y temor a la vez. Todas las cabezas giraron hacia todos lados, buscando al propietario de la voz. Tarea vana, ya que, obviamente, ésta se oía a través de un altavoz oculto en alguna

parte.

—Ante todo —se oyó la pastosa y dulce voz de Kind—, debo pedir perdón a todos por lo sucedido. Les ruego que me crean cuando digo que quien más ha sentido el deceso de Santiago Carranza, he sido yo mismo. Hemos perdido, no sólo un genial arquitecto que podría haberles solucionado problemas en su nuevo mundo, sino un compañero de la nueva raza sin maldad, sin ambiciones personales. Motivos sobrados para lamentarlo todos sinceramente. Les suplico un minuto de silencio completo por el descanso eterno de Santiago, nuestro amigo.

El estupor había cundido entre todos los presentes. Pero el minuto de silencio se cumplió. Un silencio denso, total, completo... Ni siquiera se oyó el canto de un ave. Era como si el mundo, el planeta llamado Tierra hubiese dejado de girar, de trasladarse, de balancearse, de vivir.

—Gracias a todos. Y ahora, debo decirles que esta tarde vamos a ver la nave espacial. Parece qué su terminación se ha anticipado, de manera que en breve todos podrán partir hacia su nuevo mundo, donde les deseo gran felicidad, comprensión, y una bondad que jamás pueda ser destruida. Mis colaboradores se encargaran de mostrarles la nave en la cual van a viajar ustedes en busca de un mundo nuevo... y mejor. A todos, muchas gracias, y perdón por las molestias que les he proporcionado. Es posible que jamás nos veamos, de modo que... buena suerte, y de nuevo muchas gracias.

Fueron muy pocos los que después de este mensaje quedaron en condiciones de pensar sensatamente. Entre esos pocos, por supuesto, se hallaba Mike Sebastian, que tenía a su lado a Úrsula Garvan, mucho más afectada que él.

—Parece que tu momia no va a llegar a tiempo, faraona —musitó el gman.

—Eres un cretino, Mike.

—¿Cretino...? ¿Cretino...? Juraría haber oído antes esa palabra... ¿no sabes renovarte, faraona?

—¡Idiota!

—Ajá... Eso no me lo habías dicho. Tu repertorio va aumentando. ¡Felicidades...!

—Pueden retirarse todos —dijo Odile, alzando la voz—: A las siete en punto, iremos a ver la nave espacial.

CAPÍTULO XII

A las siete menos diez minutos, la orden brotó de todos los cinturones: concretamente, de las hebillas doradas. La voz, era nuevamente la de Odile:

—Tengan la bondad de dirigirse todos hacia la entrada principal de la casa. Por favor: tengan la bondad de dirigirse todos hacia la entrada principal de la casa; Muchas gracias.

Pavel Nikov y Mike Sebastian quedaron mirándose, disgustados. El gman alzó el único alfil que le quedaba, y gruñó:

—Escucha esto, matemático: te ha salvado el gong.

El ruso lo miró con expresión francamente divertida.

—¿Estás insinuando que ibas a darme jaque mate, yanqui?

—Okay.

—Voy a concederte un privilegio. Mueve tu pieza.

—Fantástico. —Mike la movió, amenazando al rey rojo—: Jaque mate, bolchevique.

—Veamos —sonrió Nikov, relamiéndose—. Si yo, por ejemplo, te mato este alfil con mi caballo, la cosa cambia de un modo notable... ¿No?

—¿De dónde ha salido ese caballo? —Casi gritó Mike.

—Yo diría que estaba en el tablero, Mike.

—Pe... pero... Vamos a ver... El caballo, la torre... Si muevo hacia... No. Tengo que... Tampoco... Veamos si retrocediendo un cuadro consigo... No, no. ¡Jaque mate!

—Jaque mate —asintió Nikov—. Sólo que al revés: soy yo quien dice «jaque mate».

—Maldita sea, eres un... un tramposo que... que... ¡Haz el favor de no llamarme más para jugar al ajedrez! ¿Lo entiendes? ¡Estoy seguro de que haces trampas de algún modo!

—Es cierto —admitió humildemente Nikov—: hago trampas. Unas trampas formidables llamadas matemáticas y cálculo de probabilidades... Es lástima que tengamos que marcharnos a un nuevo mundo, Mike. Creo que me presentaría a los próximos campeonatos mundiales de ajedrez. ¿Tú qué opinas de las matemáticas?

—¡Son repugnantes! ¡Al demonio el ajedrez!

Se puso en pie, y el ruso lo imitó, sonriendo afablemente. Se estaban reuniendo todos rápidamente ante la entrada principal de la formidable quinta.

Úrsula Garvan llegó ataviada con unos *short* rojos y la pieza superior de un bikini amarillo. Era un conjunto vistoso, cegador.

—Viva España —dijo Mike.

—¿Qué...?

—Son los dos colores de la bandera española, faraona. Pero no sabía que hubiese momias allí. Estuve una vez, hace unos años, y la gente que vi me pareció despierta, risueña, más bien amable. Cualquier cosa menos momias. Y a tí sólo te gustan las momias. Por cierto, respecto a los procedimientos para embalsamar, leí en...

—¡Imbécil!

—Tendré que echarle un vistazo a tu cerebro —sonrió el agente del FBI—. No es bueno que se especialice solamente en insultos que denotan evidente mala educación.

Úrsula Garvan enrojeció. Pero no tuvo tiempo de buscar la contraofensiva verbal. Carla y Alberta aparecieron del interior de la casa. Y fue Carla quien habló, esta vez:

—Vamos a ir por la selva. Apenas quince minutos. Sería conveniente, por lo tanto, ya que algunos que van descalzos fuesen a por sus zapatillas. Disponen de tres minutos.

Hubo una pequeña desbandada hacia los *bungalows*. Tres minutos resultaron ser suficientes, y la comitiva se puso en marcha, llevando en cabeza a Carla y Alberta y por los lados y atrás a Paoli, Atkinson y Jurgen.

—A lo mejor es cierto que existe esa nave espacial —dijo confidencialmente Pavel Nikov, que caminaba junto a Mike Sebastian.

—Seguro que sí, bolchevique. Y te apuesto que es uno de esos platillos voladores que varias personas en todo el mundo aseguran

haber visto. Y otra cosa que se me ocurre: Kind es un marciano. ¿A que sí?

El ruso se echó a reír de buena gana.

Después, cada uno se sumió en sus propios pensamientos, mientras caminaban por la selva. El sol era una bola roja, que quizá no duraría mucho. En los trópicos, el crepúsculo es brevísimo, por eso de la redondez de la Tierra. Mientras que en los Polos el crepúsculo dura incluso meses, en el trópico sucede al revés. En pocos minutos se pasa de la noche al día, y viceversa, con una rapidez asombrosa.

Durante el recorrido, Mike Sebastian frunció el ceño más de una vez. Estaba seguro de que aproximadamente por aquella ruta había seguido la tarde anterior a Odile. Pero, cuando por fin se detuvieron ante la ladera de un pequeño montículo, no vio el arroyo, ni la cascada. Pero la oyó, eso sí. En el denso silencio del lugar, el rumor del agua cayendo dulcemente llegó con toda claridad hasta sus oídos. Es decir, que estaban cerca del lugar donde Odile, se había lanzado al agua... y había desaparecido.

Carla se acercó precisamente a él, y dijo, mirando la hebilla especialísima de su cinturón:

—Estamos esperando entrar, Odile.

Apenas tres segundos más tarde, un trozo de aquella ladera se abrió. Se abrió, simplemente. Hacia afuera, mostrando un gran hueco rectangular vertical, hacia el cual señaló Carla.

—Vayan entrando.

Todos iniciaron la marcha hacia el interior del túnel que se veía, mal iluminado al principio, pero perfectamente más adelante, cuando la gran puerta camuflada volvió a cerrarse.

—Parecemos un rebaño de animales estúpidos —susurró Nikov.

—¿Hacia el matadero? —sugirió Mike.

—Esperemos que no. Prefiero ir hacia un nuevo mundo lleno de felicidad.

Rieron los dos. Úrsula Garvan caminaba junto a ellos, y los miró entre irritada y amedrentada. El soviético dio un suave codazo al americano.

—¿Cómo lo has conseguido?

—¿El qué?

—Está loca por tí. No te pierde de vista.

—¡Bah!

—Que sí, hombre, que sí... Se pasa el día vigilándote. No te pierdes de vista, de veras. Y te mira de un modo... enternecedor. Es como si un patito que nació de un huevo abandonado hubiese encontrado a su mamá pata. ¿Qué truco has empleado?

—Vete al demonio —sonrió Mike.

El túnel era en verdad largo, y profusamente iluminado. Las paredes eran de cemento, y de cuando en cuando se veía una sólida viga de hierro, que daba una gran sensación de seguridad. Iba en línea recta, sin un solo desvío. Solo, cada doscientas yardas, había un pequeño cobijo a un lado u otro. Como ocurre en los túneles para trenes, por si éste llega cuando algún ferroviario está reparando la vía. Quizá habían caminado un par de millas, a un paso de carga, cuando Alberta se detuvo.

Ante ellos, se veían las bocas de cuatro túneles más. Cada una de ellas estaba marcada con una letra:

KIND.

Sobre la curva de la entrada marcada con una I había una bombillita azul, encendida. En las demás se veían sendas bombillas, pero estaban apagadas. Alberta entró en el túnel I, llevando detrás de sí a todo el «rebaño». En todos los ojos se podía distinguir una gran curiosidad. Algo de miedo, quizá preocupación... Pero, en general, curiosidad. La mayoría de aquellas personas tenían una u otra relación con la Ciencia: aeronáuticos, ingenieros, médicos, astrónomos, biólogos... El asunto podría terminar bien o mal, pero la curiosidad científica es algo capaz de dominar al más impávido de los mortales.

Finalmente, desembocaron en una gran explanada subterránea, en cuyo centro, para asombro de todos, había, efectivamente, una enorme nave circular, brillante. Tenía la forma de una gigantesca lenteja, con una torreta en lo alto. Alrededor de ella se movían quince o veinte hombres, sobre los andamios de tubo de metal que la rodeaban. Su capacidad parecía mucho más que suficiente para doscientas personas. El asombro general fue tan grande que ni siquiera se oyeron exclamaciones. Un silencio total, compacto, ominoso, fue la pauta de aquellas ciento y pico de personas. El diámetro del artefacto debía ser de unos trescientos pies. Desde la torreta al último punto de la base, la altura tendría quizá

veinticinco pies. Había una escalerilla de aluminio que llevaba desde el suelo a la torreta. Pero además, en la parte inferior del platillo volante había una puerta abatible, abierta entonces, con escaleras. Dentro, se veía una intensa luz blanca.

—Es la «Nova Navis» —explicó Alberta—. En ella, todos iremos hacia un mundo nuevo y mejor donde nos reproduciremos, viviremos, y, quizá, dentro de unos cuantos siglos, estemos en condiciones de volver a la Tierra, para dominarla por medio de la bondad. Todos pueden subir a visitar la nave. Por favor: no toquen absolutamente nada.

—Yo no me pierdo eso —dijo Mike.

—Espero que no les importe el peso de mi ajedrez —dijo Pavel.

Entraron en la nave, desparramándose por sus distintas dependencias. Era tan enorme, tan laberíntica, que una persona podía perderse fácilmente en ella. Había cámaras para la propulsión nuclear; depósito de tabletas alimenticias, que, según una tabula colocada en la entrada, bastarían para mil personas durante quinientos años; dormitorios reducidísimos, a base de literas que tenían hasta seis pisos; salas de esparcimiento; complejo eléctrico-nuclear; miradores que se abrían apretando determinado botón azul, según se explicaba...

Mike apretó uno de los resortes, y en efecto, se abrió un enorme ventanal, mostrando, tras un espesísimo vidrio especial, el recinto de la cueva donde estaba la nave.

—Por favor —se oyó la voz de Odile—: les hemos rogado que no toquen nada.

Mike Sebastian torció el gesto; volvió a apretar el botón azul y la ventana se cerró.

Había escafandras especiales, tubos de aire, zapatos gruesos de suela imantada, sopletes, cables huecos y macizos, de plástico y de hierro en espiral... Y una enorme sala donde se veía lo que parecía un enorme fichero. Pavel Nikov abrió una de las larguísimas gavetas, y se quedó mirando, asombrado, las finísimas diapositivas que sacó con dos dedos...

—Por favor —insistió la voz de Odile—... Kind lleva veinticinco años reuniendo todo este material. Respétenlo. En él, está la mayor parte de los conocimientos humanos. Es como una gigantesca enciclopedia universal, con explicaciones exhaustivas. No toquen

nada. Por favor.

Todo era nuevo, brillante. Todo estaba limpio, pulcro, perfecto. Las salas de máquinas, de control, de reposo, de sabiduría, de mantenimiento de la nave... Una nave nueva...

Nova Navis. Un nombre exacto, perfecto, indiscutible.

Los comentarios iban subiendo de tono, cada vez más animados. Los invitados se cruzaban de un lado a otro, ansiosos de ver, de conocer aquella fantástica producción metálica...

—Pavel —el ruso notó el tirón en un brazo—: ¿has visto a Mike?

—No... ¿Qué ocurre, Úrsula?

—Nada... No sé... No lo encuentro.

Pavel Nikov la miró amablemente.

—¿Y para qué quieres encontrarlo?

—Yo... No... Para nada... Es que no le veo hace unos minutos...

—Estará fisgoneando por ahí. Oye: ¿qué opinas de este artefacto? ¿Crees que volará?

—Yo no entiendo de eso... No sé. ¿Por qué no me ayudas a buscar a Mike?

Nikov encogió los anchos hombros, despreocupadamente.

—Mike es ya mayorcito. ¿Quién sabe...? A lo mejor está ahora con Odile... Dejémoslo tranquilo. Ya vendrá.

—Eres un antipático, Pavel Nikov, ruso.

—Muchas gracias —dijo Nikov—... Me refiero a lo de llamarme ruso. En cuanto al americano Mike Sebastian, tengo la impresión de que te ha olvidado rápidamente. No se puede ser tan altanera, Úrsula.

Nadie podría culpar ahora a Mike si estuviese besando a Odile...

CAPÍTULO XIII

Pero Mike Sebastian no estaba besando a Odile. No estaba besando a nadie, corría apresuradamente por uno de los largos túneles del complejo iluminado. No veía a nadie. Solamente pared, pared, pared... Pared de cemento, con vigas en algún punto. Parecía que aquel túnel no fuese a terminar nunca. Casi estaba arrepentido de aquella escapada. Había querido ver más de lo que les ofrecían a todos, y ahora, todo lo que tenía ante sí era un túnel, cuyo final era imprevisible y cuyo principio desembocaba en el lugar donde estaba la nave espacial.

Sólo que de pronto, cuando ya estaba pensando en volver, vio la bifurcación. Se quedó mirando las dos entradas a otros túneles más estrechos, de techo mas bajo. Por rutina, eligió el de la derecha. Entró a buen paso, y vio al fondo más luz que en el corredor, y un ensanchamiento.

Sobresaltándole, la voz de Odile sonó precisamente ante su estómago:

—Doctor Sebastian: tenga la bondad de volver al recinto de la Nova Navis.

El gman se mordió los labios. Se hubiese abofeteado por haber olvidado otra vez la existencia de aquel maldito cinturón. Pensó en la conveniencia de arrancárselo de un tirón, pero desistió al instante... Con seguridad, apenas se rompiese el cinturón, las agujas envenenadas aparecerían en la gruesa hebilla metálica. No le daría tiempo a separarlo de su cuerpo...

—Quisiera volver, Odile —dijo, con aceptable naturalidad—. Pero temo que me he perdido.

—No se ha perdido, doctor Sebastian: se ha dedicado usted a pescar por terrenos no autorizados.

—Un momento... Un momento, Odile, querida... Yo salía de la nave, vi un corredor...

—Mike, amor mío —dijo fríamente Odile—. Si prefieres que la conversación sea de tipo personal, lo será. Escúchame bien: tienes que volver sobre tus pasos antes de un minuto. De lo contrario, temo que el cinturón que llevas hará su trabajo. Medio minuto, Mike..., querido mío.

—Odile, no puedo... He entrado por una bifurcación, no sé donde estoy... ¡No puedo volver tan fácilmente como tú exiges! Voy a buscar la salida, pero no sé si lo lograré...

—Mike: estás caminando, alejándote de la Central de Recepciones Radiadas... Te aconsejo que te detengas.

—¡Pero tengo que salir de aquí! —protestó el gman.

—Enviaré a alguien a buscarte. Mientras tanto, quiero que permanezcas inmóvil... No te muevas de donde estás en este momento. Y si te mueves, que sea en sentido inverso, hacia el lugar de donde has partido.

—Está bien:... Espero.

Se detuvo precisamente delante de una puerta de las quedaban al ensanchamiento final de aquel corredor. Desde allí, oía perfectamente el rumor del agua cayendo sobre agua... Al fondo había una grieta. Una grieta alargada que se veía húmeda, un poco verde... La roca parecía rezumar agua...

¡La cascada! La cascada bajó la cual había creído que Odile acudía a bañarse desnuda, en solitario... Por aquella grieta debía salirse quizá detrás mismo de la cascada. Bastaba tirarse al agua, nadar unas pocas yardas por debajo y salir a la fosa de aguas cristalinas...

—¡Eh! ¡EEEEH...! —Oyó.

Volvió solamente la cabeza. En la puerta había una pequeña rejilla, que debía servir a la vez de sistema de ventilación. Había allí un rostro pálido, demacrado, barbudo. Lo conocía... Lo conocía, desde luego, pero no conseguía recordar... ¡Roscoe Landing! ¡Allá estaba Roscoe Landing, el norteamericano experto en Aeronáutica General, raptado quince días antes en Sun Valley!

Mike Sebastian se llevó un dedo a los labios, haciendo frenéticas señas con la mano izquierda a Landing para que no hablase. Se acercó allí, recorriendo con temor la docena escasa de pasos. Con la

mano, indicó a Landing que se acercase completamente a la reja, y musitó, en su oído:

—Iremos hablando en voz muy baja, señor Landing. Su esposa está bien, en perfecto estado, esperándolo. No hable a menos que tenga mi oreja pegada a la rejilla. Yo haré lo mismo, a la inversa... ¿Qué hace usted aquí?

—Fui declarado rebelde —musitó Roscoe Landing—... Cuando desperté, estaba en un avión, luego me encontré en una isla, me dijeron que debía partir hacia un nuevo mundo, y que...

—Conozco esa historia. ¿Está usted solo ahí dentro?

—En esta celda, sí. Hay cinco o seis rebeldes más en las otras. Yo no me resigné a que me separasen de mi esposa. Hacía cuatro días que nos habíamos casado, y estábamos en luna de miel. Me negué a...

—Mal hecho. Será más difícil sacarlo de aquí. ¿Lo tratan bien?

—Sí. Eso sí, tengo que admitirlo. ¿Mi esposa...?

—Ella está perfectamente, se lo aseguro. Ahora, tengo que irme. No haga nada, no proteste, no intente nada... Veré de arreglarlo todo del mejor modo posible. Adiós.

Roscoe Landing parecía tener deseos de charlar más, pero el gman había hecho ya su cálculo mental de operaciones, y no estaba dispuesto a estropear nada. Caminó hacia la salida de aquel ensanchamiento, es decir, regresando sobre sus pasos; con lo cual no podía irritar a Odile.

Habría recorrido unas trescientas yardas cuando vio aparecer a Paoli y Jurgen, corriendo. Se detuvo y los esperó. Ellos llegaron a una marcha arrolladora, miraron al gman, y luego hacia el fondo del túnel.

—¿Hasta dónde ha llegado exactamente? —preguntó Paoli.

—Casi hasta el final. Hay una explanada allí. Estaba a punto de entrar en ella cuando Odile me ordenó que volviese sobre mis pasos o me quedase donde estaba... Me pareció que sería mejor volver...

CAPÍTULO XIV

—¡Hombre! —exclamó Pavel Nikov—. ¡El gran muchacho americano...! ¿Dónde has estado?

—Me perdí —musitó Mike.

El ruso pareció atónito. Miró a Paoli y a Jurgén, que tenían fruncido el ceño, y acabó sonriendo amablemente.

—Claro... Cualquiera es capaz de perderse por estos corredores. Todos están saliendo ya... ¿Nos reunimos con ellos? Ah, por cierto: Úrsula Garvan esta desesperada buscándote, con mucho disimulo, claro.

—Bah... Es fría como la pata, de un pingüino. No me interesa ya, Pavel.

—¿Has visto el interior de ese cacharro metálico? Yo diría que es capaz de volar, de un modo u otro. O por lo menos, de planear. ¿No has tirado nunca una piedra plana sobre las olas del mar?

—Sí.

—Pues esa Nova Navis rebotaría sobre las olas, o quizá sobre el aire como una piedra lanzada con fuerza. Hay de todo... No sé si llegaremos a la Luna, a Marte, o cualquier sitio de éstos, pero la nave es estupenda... ¿Qué pasa? —Miró con ligera irritación a Jurgén y Paoli—. ¿No podemos salir de aquí Mike y yo?

—Que salgan, Paoli —se oyó la voz de Odile en las hebillas de los cinturones de ambos—... Yo hablaré más tarde con Mike Sebastian. ¿Lo has oído, Mike, querido?

—Desde luego, Odile. ¿Dónde nos veremos?

—En la playa, después de que hayáis cenado. Y quiero que entiendas bien esto. Mike: si vuelves a perderte por mi lugar donde no se te ha autorizado a entrar, ya no saldrás de él jamás. Ahora, salgan los dos y reúnanse con el grupo, que les está esperando en el

pasillo 1. Es el último aviso, Mike... querido mío.

Pavel Nikov y Mike Sebastian se miraron sombríamente. Paoli señaló hacia la salida del amplísimo reducto rocoso, y los cuatro se pusieron en marcha hacia allí.

—Sólo una cosa me pregunto —musitó Nikov—: ¿cómo saldrá de este lugar la nave espacial?

Mike abrió la boca, pero la cerró inmediatamente cuando de nuevo se oyó la voz de Odile:

—Eso no debe preocuparle. Nikov. La nave saldrá sin ningún contratiempo al espacio libre, cuando llegue el momento. Mientras tanto, no deben buscarse complicaciones. Lamentándolo mucho, debo recordarles a Santiago Carranza. Espero... que lo comprendan bien.

—Demasiado bien —se disgustó el ruso.

Se reunieron con el grupo. Carla, Alberta y Atkinson estaba allí, y miraron un tanto irritados a Mike Sebastian, que ignoró tal actitud tan poco amistosa. Todos se pusieron en marcha hacia la salida.

Úrsula Garvan se retrasó, hasta emparejarse con el americano y el ruso.

—¿Que te ha, ocurrido, Mike?

—¿Y a tí que te importa? —rezongó el gman.

CAPÍTULO XV

Estaba sentado en la arena, fumando, mirando la blancura de la espuma del mar, quizá color plata, color Luna. Oyó el leve crujir de la arena tras él, pero no se volvió.

Segundos después. Odile se sentaba a su lado. Encima del bikini se había puesto un delgadísimo albornoz brillante negro. Se quedó mirándolo en silencio, y Mike optó por ofrecerle un cigarrillo. Ella lo aceptó, aceptó también la llamita del encendedor del gman, y musitó, expeliendo el humo:

—Eres demasiado... inquieto. Mike. ¿Por qué?

—Quizá padezca epilepsia —sugirió él.

—Oh, no... Si así fuese, no estarías aquí. Yo creo que te estás complicando la vida. Las cosas son como son, y cuando son así, ya no tienen remedio. ¿Lo entiendes?

—Es una salvajada gramatical, pero lo entiendo —sonrió él—. Te diré una cosa, querida: no me gusta ser un robot.

—¿Un robot?

—Me refiero al cinturón. Podéis oír lo que digo, lo que oigo, podéis saber dónde estoy, podéis matarme. No me gusta. En mi humilde y pacíficamente expresada opinión, a esto no hay derecho.

Odile se echó a reír.

—Dentro de poco desaparecerá el cinturón. Cuando todos estemos volando hacia el nuevo mundo. Mike, creo que debemos olvidar todo cuanto ha ocurrido, está ocurriendo y ocurrirá en el planeta Tierra. Sólo valdrá lo que sucederá fuera de la Tierra. ¿Está durmiendo Úrsula Garvan?

—Supongo.

—Bien... Éste es un buen lugar y un buen momento para exclamar eso de «¡Al fin solos!»... ¿No te parece?

—Espera —sonrió Mike—... Tengo la impresión de que tú también me has elegido a mí... ¿Es cierto?

Las manos de Odile se deslizaron hacia la nuca del federal, dando suaves tironcitos a sus cabellos, hundiendo los dedos...

—¿Tiene algo de malo o extraño? —susurró.

—No... Creo que no.

—Entonces...

Odile se sentó en la arena, cogió el paquete de cigarrillos de Mike Sebastian, y encendió uno. Miró al federal, que continuaba tendido en la arena, mirando las estrellas pensativamente.*

—¿En qué piensas?

—En nada. Me fastidia pensar cuando estoy de vacaciones.

—Mike —ella se inclinó cálidamente sobre él, y le besó en los labios, largamente, dulcemente—... Mike, quiero que te portes bien. Las cosas no son siempre lo que parecen. Pero me gustaría conservarte. Esto es cierto, Mike.

—Te creo. ¿Qué estás tratando de decirme?

—Quisiera que nada te ocurriese. Por eso te aconsejo que nos separemos ahora. Tú irás a tu dormitorio, te acostarás... y eso será todo.

—¿Y tú?

—Los colaboradores de Kind dormimos en la casa. Yo iré hacia allí, y también dormiré. No me gusta insistir en esto, Mike, pero si vuelves a hacer algo indebido, tendrás que morir. Nos estás... inquietando, querido. Digamos que tienes una... movilidad excesiva.

—¿Movilidad?

—Vas de un lado a otro, tienes ideas personales respecto a lo que debes o no debes hacer.

—Tú misma me dijiste que podía moverme absolutamente por todos los lugares.

—Sí... Te lo dije. Pero, amor, te lo suplico: permanece con los demás, no te separes de ellos, no quieras ver sitios nuevos... Éste es un Mundo Feliz. No lo estropees. ¿Irás a dormir?

—Dormir es agradable.

Odile volvió a besarlo profundamente en la boca. Mike sabía ya que debajo del albornoz no estaba la prenda superior del bikini. Pero lo habría sabido entonces, de todos modos. Cuando terminó el

beso, Odile suspiró profundamente.

—Hasta mañana, Mike.

—Hasta mañana.

Se quedaron mirándose. Por fin, Odile sonrió.

—Eres tú quien debe marcharse. Quiero ver cómo vas hacia tu *bungalow*.

—Oh... Bien, eso es fácil —la besó en la nariz—... ¿Debo correr o puedo ir a paso normal?

—A paso normal —dijo quedamente ella—... Pero vete ya. Y gracias, querido.

—Lo mismo digo. Gracias... por todo.

El gman se puso en pie, y se encaminó hacia el *bungalow*, silbando. Dejó de silbar cuando entró. Se introdujo en su habitación, saltó sin transición por la ventana, y se quedó estupefacto al ver allí a Úrsula Garvan. La muchacha se había sobresaltado. Abrió la boca..., y una de las mangas del federal cayó sobre ella, apretándola fuertemente.

—Ssst... Silencio —recomendó Mike, junto al oído de la bella canadiense—... Ni una sola palabra, faraona. Ni una sola. ¿Entiendes?

Ella asintió con la cabeza, y Mike le quitó la mano de la boca. Se quedó mirándola, frunció de pronto el ceño, y volvió a colocar la boca junto a su oído.

—¿Qué hacías junto a mi ventana? —susurró.

—Te estaba esperando...

—¿Para qué?

—Yo... quería estar contigo... esta noche...

—Al diablo con las mujeres —rezongó el federal—... Puedes hacer dos cosas, faraona: o irte a dormir a tu dormitorio, como una chica sensata, o venir conmigo sin hacer el menor ruido... ¿Está claro?

Ella asintió.

—Iré contigo.

—Okay.

Acabó de dar la vuelta a la cabaña, hasta que desde aquella esquina pudo ver la gran quinta. Quizá estaba equivocado, pero, si Odile estaba allí, no podría manejar el circuito de muerte instalado en los cinturones. Todo el sistema central de aquellos dispositivos

no estaba en la quinta, sino en algún lugar de los subterráneos. Quizá fuese el propio Kind quien estuviese allí. Pero, por pura intuición, Mike Sebastian tenía una determinada idea sobre la personalidad del enigmático, desconocido personaje. Si se equivocaba... pues mala suerte.

Se deslizó hacia la jungla, seguido por Úrsula Garvan como si fuese su propia sombra. Se detuvo entre unas matas, mirando hacia la casa, que estaba completamente a oscuras. Al parecer, Paoli, Atkinson, Jurgen, Alberta, Carla y Odile estaban durmiendo. Esta última, quizá, acababa de acostarse...

Mike Sebastian miró su reloj de esfera luminosa. Luego, miró a Úrsula Garvan, que lo contemplaba entre asombrada e intimidada, brillantes sus ojos en la oscuridad. Mike no hizo el menor comentario. Se sentó en el suelo, y sonrió cuando ella le imitó, silenciosamente... Lo mejor sería esperar media hora... No. Mejor aún, una hora. Era tiempo más que suficiente para convencerse de que Odile dormía. Transcurrida esa hora, él volvería, con todos los riesgos que ello implicaba, a la pequeña cascada donde ella se había sumergido para desaparecer. La explicación estaba ahora clara: Odile conocía una entrada por aquella parte al conjunto de corredores subterráneos. Y si allí había una entrada, un agente del FBI tenía la obligación de encontrarla.

Todavía no había transcurrido la hora que se había lijado de plazo cuando vio salir a alguien de la quinta. Odile... Sí, Odile desde luego... Pero no iba sola. La acompañaba Carla.

No habían encendido ni una sola luz se deslizaban en el más completo silencio, a buen paso hacia la playa. El agente especial del FBI estaba realmente sorprendido. ¿Adónde iban aquellas dos ninfas a semejante hora, furtivamente? ¿De quién estaban escondiéndose? Desde luego, parecía absurdo, o al menos innecesario que lo hiciesen de los invitados. Ellas no llevaban cinturón gozaban de la confianza absoluta de Kind, no tenían que dar explicaciones de ninguna clase...

Entonces, ¿por qué aquel misterio?

Le hizo señas a Ursula, y se deslizó él también hacia la playa, siempre interponiendo algún obstáculo entre ellos y Odile y Carla.

Ellas caminaban hacia una de las pequeñas calas rocosas. Se volvieron un par de veces, pero no parecían demasiado

preocupadas. Por fin, las vieron escalar las rocas, y deslizarse hacia el borde mismo del mar.

De nuevo le hizo señas Mike a Úrsula, y ambos corrieron por la arena, hacia allí, pero en diagonal, de modo que no fueron a detenerse en el mismo sitio donde Carla y Odile habían escalado las rocas. Mike se dejó caer de rodillas en la arena que rodeaba las rocas, y miró hacia arriba...

—Doctor Sebastian —se oyó de pronto la voz de Kind en la hebilla de su cinturón mortal—: ¿adónde va usted?

Mike miró alarmado hacia arriba. Si las dos preciosas colaboradoras de Kind oían su voz, todo iría decididamente mal, por supuesto.

—Estoy dando un paseo, Kind —musitó—: ¿hay algo de malo en ello?

—¿Un paseo?

—Bien... Podemos llamarlo así. La señorita Garvan está conmigo. Los dos nos sentimos un poco inclinados a la... soledad en común.

—Doctor Sebastian: le advertí a usted que sólo podía elegir una mujer. Y tengo motivos sobrados para creer que usted eligió a Odile, no hace más de una hora, en la playa.

Úrsula Garvan miró con reproche al gman, que empezó a sentirse francamente incómodo. Le pareció que los ojos de la canadiense brillaban más de lo normal.

—Mmm... Escuche, Kind, un hombre puede equivocarse...

—En efecto, doctor Sebastian. Usted se está equivocando. No me gusta que se falte a mis normas. Las considero honestas y saludables.

—Sí... Sí, sí... Lo siento.

—Estoy esperando de un momento a otro los últimos informes sobre usted, doctor Sebastian. Por el momento, debo decirle que su actitud me ha defraudado.

—Lo siento de veras —gruñó Mike—. De todos modos, le aseguro que Úrsula y yo no pensábamos... nada que pueda disgustarle. Creo que un hombre merece siempre una nueva oportunidad, Kind.

Hubo un largo silencio. Luego, se oyó de nuevo la voz del desconocido personaje:

—Por su bien, doctor Sebastian, espero que su entrevista con la señorita Garvan sea... exclusivamente verbal. De un modo u otro, mañana quiero conversar con usted sobre su desagradable comportamiento.

—Está bien... ¿Podemos quedarnos aquí?

—Quédense. Mañana arreglaremos esto... Y tienen suerte de que no sea Odile quien esté al mando del Controlador en esta ocasión. Doctor Sebastian, insisto: relaciones verbales solamente.

—Ni eso, Kind. Sólo nos miraremos.

—Su sentido del humor me resulta desagradable. Buenas noches. Y tenga cuidado.

Silencio brusco. Rumor de olas sobre la arena, contra las rocas. Úrsula Garvan continuaba mirándole, desilusionada, triste y enfadada. Todo a la vez. Pero Mike Sebastian sólo se preocupaba de mirar hacia arriba, hacia las rocas. Al parecer, ni Odile ni Carla habían oído nada.

Le hizo señas a Úrsula, y los dos subieron por las rocas, muy despacio, por la zona de sombra. Cuando llegaron arriba, la luz de la Luna pareció caer sobre ellos, como acusándolos. El federal reptó velozmente hacia un repliegue, y se escondió allí. Oía la voz de Odile, pero no entendía lo que decía. Se mezclaba con el crujido de las olas contra las rocas.

Todavía tardó tres o cuatro minutos en encontrar una posición más conveniente, a poca distancia del primer escondite. Estaba justamente casi tocando el mar, entre rocas y arena. Úrsula se acurrucó a su lado, y permaneció inmóvil, siempre mirándolo de un modo que empezó a lastimar seriamente al agente del FBI.

Asomó la cabeza, y casi lanzó un respingo al ver a Carla y a Odile en el borde de las rocas; tocando el agua con los pies. Sumergido a medias ante ellas, había un hombre-rana, perfectamente equipado, que era quién estaba hablando en aquel momento:

—... Estaremos de acuerdo con el lote completo, Odile.

—Tendrán el lote completo, lo garantizo. Vengan al amanecer con su yate especial, y todos los hombres importantes que hay en la isla quedarán en su poder. Pero, no olviden los 25 millones de dólares. Eso es... fundamental.

—No olvidaremos el dinero. ¿Cómo nos entregará a esos

hombres y mujeres?

—Despreocúpese de eso. Ustedes vengan con el yate y el dinero. Yo les entregaré a esos personajes, su país podrá disponer de ellos, y ahí terminará todo. Por lo demás...

—¿Y esta isla? Podría ser localizada, ¿no?

—Querido mío: cuando nosotros tengamos los 25 millones de dólares, eso no tendrá importancia. En realidad, existe un sistema de destrucción por explosión que está concéntricamente distribuido y que puede volarla completamente. Es posible que optemos por tan cruel pero conveniente decisión, en caso necesario. ¿Le interesa eso?

—Mi país sólo siente interés por tener bien ocultos a esos hombres y mujeres de tan alto nivel profesional. Nosotros se los compramos a ustedes por 25 millones de dólares. Lo demás, es cuenta de ustedes. ¿Al amanecer?

—Al amanecer. Espero que lo tendremos todo preparado para entonces. Usted y sus hombres desembarcan en la isla los pasan a todos al yate sin dificultad alguna, ya que obedecerán mis órdenes por el emisor, y se los llevan. Antes de eso, entregarán los 25 millones de dólares a Carla y Alberta. Espero que esté todo bien entendido. Una vez tengamos nosotras el dinero, y ustedes estén en el mar, cortaremos la frecuencia que hace actuar los cinturones.

—Bien. Parece que no hay mas que hablar. Pero quiero...

Mike Sebastian dejó de oír la voz de aquel hombre, y se estremeció al notar el pinchazo en la espalda. Un pinchazo de algo manejado con cierta cautela. Volvió la cabeza, muy despacio... Primero vio a Úrsula, muy abiertos los ojos, mordiéndose los labios para no gritar su miedo. Luego vio al hombre-rana que estaba irás él con el fusil neumático en las manos, apoyada la punta del arpón en su espalda.

La reacción del gman fue tan fulminante que, hasta él mismo, quedaría sorprendido más adelante, cuando recapacitase. Se volvió echándose hacia atrás, de modo que apartó el arpón. Se oyó el seco disparo del aire comprimido el arpón se clavó profundamente en la arena, y el sorprendido, asustado hombre-rana, ni siquiera tuvo tiempo de gritar... El agente del FBI surgió como una sombra tras él, su mano izquierda tapó la boca, y el brazo derecho rodeó el cuello cubierto por el traje ele goma. El hombre-rana intentó gritar, pero

apenas consiguió un sonido ronco, pues el gman apretó fuertemente el brazo derecho, sobre su garganta. El otro consiguió abrir la boca lo suficiente para, morderle la mano izquierda, e intentar gritar. Pero Mike Sebastian no sólo contuvo su propio grito de dolor, sino que dio otro tirón del brazo, hacia atrás, con toda su fuerza, con todo su entrenamiento para matar puesto a la práctica.

Apretó, apretó, apretó...

Acurrucada entre la arena y las rocas, con el arpón clavado junto a ella, veía a Úrsula Garvan, petrificada de espanto, desorbitados los ojos. Parecía al borde del desbordamiento, pero seguramente conseguiría dominarse.

La resistencia del hombre-rana iba cediendo, mientras la fuerza de la presa de estrangulación iba aumentando. Los músculos del brazo de Mike Sebastian brillaban como feas protuberancias en una larga pieza de acero que parecía su brazo derecho: se hinchaban, se tensaban más y más...

La voz de Carla se oía entonces, mezclada con el rumor de las olas. Luego, la del otro hombre-rana... Y la de Odile. De nuevo la del hombre-rana... De un modo tenue, lejanísimo. En realidad era un rumor que podía contundirse con el de las olas al crujir contra las rocas.

El hombre-rana se alejó de pronto, quedando colgado del brazo de Mike Sebastian. Ni el menor ruido. Había sido una estrangulación perfecta, magistral. Había unas gotitas de sudor en la frente del federal cuando depositó el cadáver entre las rocas. De pronto, empujó rudamente a Úrsula, obligándola a esconderse. Quedaron ellos dos y el cadáver metidos en un pequeño agujero... El rostro del hombre-rana, con sus ojos tan abiertos, la lengua fuera, las facciones desencajadas, quedó casi tocando el de Úrsula Garvan, que cerró los ojos y se mordió con tal fuerza los labios que Mike esperó ver la sangre de un momento a otro...

Oyeron las pisadas crujientes de Carla y Odile en la arena, no muy lejos de ellos, alejándose. Mike Sebastian esperó todavía un par de minutos. Luego, salió del agujero, y se alzó precavidamente hacia las rocas. El otro hombre-rana ya no estaba allí. Salió del todo, tirando de uno de los pies del estrangulado, y lo llevó hacia el agua. Lo metió en ella, y abrió la espita del aire. Empezaron a salir burbujas, mientras el hombre flotaba a medias, chupado hacia

dentro por las olas... Cuando el aire se terminase en las dos botellas de aire, el cadáver se hundiría, arrastrado, lastrado por el peso.

Estaba saliendo a la playa cuando oyó de nuevo la voz de Kind:

—Doctor Sebastian: ¿que pretende usted... bañarse a la luz de la luna, o escapar, como intentó Santiago Carreras? Le advierto que la hebilla y todo su conjunto funciona perfectamente en el agua. Está...

—Kind —jadeó Mike—: quiero verlo. Quiero hablar con usted.

—Mañana. Ya le he dicho...

—¡Hoy! ¡Ahora! ¡Le están engañando! Me refiero a Odile, Carla y Alberta... ¡Ellas no son fieles a sus planes, Kind!

—Sebastian, usted está loco. Hace más de cinco años que ellas están a mi servicio. Conocen...

—¡Váyase al infierno! ¡Acabo de verlas, de oírías hablar con un hombre-rana! Las tres quieren vendernos a todos nosotros por veinticinco millones de dólares.

—¿A quién? —Se tensó la voz de Kind.

—¡No lo sé! Hablaban en inglés, pero el hombre quizá era... malayo, o javanés... ¡No sé! Nos quieren a nosotros, a sus invitados, a los del nuevo mundo, para tenernos en su país, escondidos, prisioneros... ¡Kind, le estoy diciendo la verdad! ¡Odile asegura que puede volar la isla! Por Dios... ¡Usted tiene que creerme!

—No... No puedo creerlo, doctor Sebastián.

—Mire... No sé qué piensa usted, pero yo tengo una idea de dónde está: en alguna parte de ese subterráneo laberíntico. Voy a buscarlo, Kind. Quiero...

—¡No se acerque, Sebastian!

—Me está amenazando, ¿eh? —farfulló el gman—. Muy bien, adelante, ¡máteme! ¡Vamos, haga salir esas agujas envenenadas! Porque si no lo hace, Kind, yo voy a llegar hasta usted. Sé por donde entrar tranquilamente en su madriguera. Cambio y fuera.

—Sebastián, si usted...

—He dicho «cambio y fuera» —cortó ásperamente el gman—. A partir de ahora, haga lo que quiera. Vamos, Úrsula. ¡No me mires así, lo he matado porque no tenía otro remedio, hay muchas vidas que dependían de mi acción en este momento!

—¿A quién ha matado, Sebastian? —exclamó Kind.

—¡Váyase a...!

Cogió de la mano a Úrsula Garvan, y echó a correr hacia el interior de la selva.

CAPÍTULO XVI

Se tiró sin vacilar en la losa, cerca de la cascada. Úrsula quedó en la orilla del arroyo, indecisa. Todo se veía muy bien a la luz de la Luna, que parecía tener ahora un color anaranjado.

—¿Vienes o no? —Gruñó Mike.

Ella se tiró, por fin. Nadaron juntos hacia la cascada, y el gman la cogió de una mano para pasar bajo el enorme chorro de agua que caía con gran fuerza. Se hundieron, para reaparecer detrás de la cascada.

Y efectivamente, allí se veía una grieta alta, a la cual se podía llegar por unos escalones que habían sido conseguidos a fuerza de pico en la roca. Subieron los dos, cruzaron la grieta, y vieron luz en el fondo de un estrecho recinto. Se dirigieron hacia allí, y Úrsula lanzó un grito cuando algo se enroscó en su cara... Sebastian apartó aquella cosa de un manotazo, y se lo entregó rudamente.

—Sólo son toallas, sarongs túnicas y cosas así —las llevó a la luz —... Quítate eso mojado y sigamos. ¿Qué demonios estás esperando?

—Es que vas a verme desnuda...

Sebastian soltó un bufido, y se dirigió hacia donde se veía la luz más intensa, en el fondo de la grieta. Cuando Úrsula se reunió con él, ataviada con un precioso sarong de vivísimos colores, el federal señaló afuera.

—Hasta ahí llegué esta tarde. Todas esas puertas que dan al ensanchamiento del pasillo, son celdas que contienen a personas que no han aceptado de buen grado la estancia en Mundo Feliz... ¿No es cierto, Kind? Por cierto: ¿qué espera para matarme? Voy acercándome a usted, ¿no es cierto?

—Siga por el pasillo, Sebastian, giré luego a la derecha, tome el

subterráneo K, y llegue hasta el fondo. Cuando esté allí, llámeme, y una puerta se abrirá ante usted.

—A eso le llamo yo ser razonable.

CAPÍTULO XVII

Aquí estoy, Kind.

Se oyó un chasquido eléctrico, y el fondo del corredor, que parecía cortarse, terminar allí, se abrió parcialmente, dejando escapar una difusa luz rojiza.

—Entren los dos —se oyó la voz de Kind, en sus cinturones.

Cruzaron el umbral, y la puerta se cerró tras ellos. Sólo se veían paredes desnudas. Se abrió otra puerta, ele pronto, y vieron un corto pasillo. Estaban caminando por él cuando todavía se abrió otra puerta... Y entraron en una estancia grande, iluminada tenuemente con aquella luz rojiza. Se veían aparatos de todas clases por todas partes, algunos con lucecitas o verdes encendidas.

—¿Kind? —llamó Mike, tenso.

Oyó un caminar renqueante, incierto, torpe. Se volvió hacia su derecha, velozmente, y vio al hombre. Lo vio a la luz rojiza un instante, pero, justo entonces, se encendían unas luces blancas, solares mucho más potentes. El agente especial del FBI palideció y Úrsula lanzó un grito de terror, se llevó las manos al rostro, y rompió a llorar fuertemente.

—Lo lamento —dijo la amable voz de Kind—. Ya les advertí que no era necesario que nos conociésemos... personalmente. ¿No está de acuerdo, Sebastian?

El federal asintió débilmente con la cabeza. Tenía ante él al hombre más horrible que jamás viera en su vida. En realidad, no se podía llamar hombre a aquella piltrafa... más o menos humana. Tenía las piernas cortísimas y delgadísimas era jorobado; su cabeza era enorme; sus manos casi llegaban al suelo; los ojos eran diminutos y parecían velados, como si tuviese ante las pupilas una película gris; las orejas eran tan pequeñas que no se veían; la boca

era enorme, horrenda; no había un solo cabello en aquella grandísima cabeza monstruosa...

—Es una fea broma de la Naturaleza —musitó Kind—... Por eso, nunca me dejó ver, Sebastian. Mi voz es agradable, mi educación es buena, mi cultura es vastísima... Lo he conseguido todo yo solo, desde aquí dentro. Lamento haberla asustado, señorita Garvan.

—Dios mío, Dios mío...

Mike le pasó un brazo por los hombros, y la muchacha escondió la cabeza en el amplio pecho, sin dejar de llorar.

Kind miraba con aquellos ojos que parecían expresar toda la maldad del mundo al hombre del FBI.

—¿Usted no llora, Sebastian?

—Lo haría de buena gana, Kind —murmuró roncamente Mike—. Le aseguro que siento... Bien... De haber sabido...

—Sé que no es agradable verme. Pero usted lo exigió.

—Yo puedo muy bien soportar su presencia. Kind.

—Pero le resulta difícil de creer que yo sea una persona... refinada, educada, generosa, bondadosa... ¿Es así, Sebastian?

—Dicen que la cara es el espejo del alma.

—A partir de ahora, usted podrá negar ese absurdo refrán, o sentencia, o proverbio, o lo que sea. Si no les importa, ahora que ya saben cómo soy, apagaré la luz blanca.

—Está bien...

De nuevo quedó la luz roja por toda iluminación; a su pesar, Mike Sebastian emitió un suspiro de alivio. Kind rió amablemente.

—Comprendo su actitud, Sebastian. Oh, aquí llegan mis tres queridas y eficaces colaboradoras...

Mike Sebastian se volvió, rápidamente, al oír el rumor de una de aquellas puertas accionadas electrónicamente. Y enseguida, oyó las pisadas de las tres hermosas mujeres, acercándose a toda prisa.

—Kind —musitó el gman—, es posible que se hayan enterado de algo, que sepan que yo he descubierto su traición. No podemos perder tiempo si queremos...

—Podemos perder todo el tiempo del mundo —dijo Kind—. Y le diré algo, Sebastian: no se mueva si quiere vivir unos cuantos minutos más. Es un buen consejo.

Las pisadas de las tres mujeres se oían ya muy cerca. Pero el agente del FBI ya no les hacía caso. Su mirada quedó fija en aquel

monstruoso ser. Y de pronto, Mike Sebastian lo comprendió todo.

—Me ha mentido —musitó—... Nos ha mentido a todos, Kind. No es usted ajeno a esto.

—Por supuesto que no —rió una vez más Kind—. Oh, vamos. Sebastian, sea juicioso. ¿Un platillo volante con destino a un mundo nuevo y feliz? ¿No comprende qué eso es... descabellado?

—Es mentira... Todo es mentira. Casi llegó usted a convencerme con sus palabras de bondad Kind. Pero todo es mentira... ¿Cuál es la verdad?

—¿La verdad? Simple y razonable, Sebastian: esa Nova Navis, ese fabuloso platillo volante, es solo... un decorado. Jamás podrá despegar, ni llegar a ninguna parte. Puro decorado. Si no han conseguido los rusos o los americanos llegar a la Luna, ¿cómo podríamos llegar nosotros a ninguna otra parte del espacio?

—Eso pensaba. Lo que no comprendo es la necesidad de esta absurda comedia, Kind.

—Bueno. Digamos que yo amo la... tranquilidad. Y el mejor modo de conseguirla, era ofrecerla a los demás. Tener aquí a todos esos importantes hombres y mujeres habría sido muy complicado de otro modo. Pero si se les promete paz, medios para trabajar, y un... Mundo Feliz, lo aceptan todo. Se están quietos, pacíficos... Les obsequio bellas muchachas, no les falta de nada, tienen una asombrosa y maravillosa perspectiva de un mundo mejor... Viven felices en Mundo Feliz.

—Hasta que usted los venda, Kind.

—Exactamente. Hay países menos adelantados que aquellos de los cuales proceden todos ustedes. Necesitan genios en todos los terrenos, en todas las actividades. Pero son países poco... atractivos, a los cuales difícilmente irían hombres de la categoría profesional de Pavel Nikov, por ejemplo. O de usted, o de su acompañante, la señorita Garvan. El único modo que tienen de conseguir a esas personas es... comprándolos. Pues bien: yo se los vendo.

—Como esclavos.

—Estarán muy bien en ese país, Sebastian. Admito que no tan bien como en Francia, o Estados Unidos, o Rusia... Pero estarán bien, serán respetados.

—Igual que máquinas que hay que cuidar para que den su máximo rendimiento.

—¿Qué tiene eso de malo? Las personas superdotadas deben... servir a su prójimo. Puesto que no quieren hacerlo de grado, yo los vendo a ese prójimo. Admita quedos valoro a todos muy alto. Sebastian.

—Oh, sí... Veinticinco millones de dólares no está mal, por todo el... lote. ¿Qué pasará con los empleados de Mundo Feliz, de esta paradisíaca isla?

—Se quedarán aquí, naturalmente, esperando una nueva tanda de genios, para complacerlos, tenerlos felices y tranquilos... Algunas de las muchachas no están conformes con ello, pero el cinturón es capaz de convencer a cualquiera para que... colabore. Usted y su grupo partirán muy pronto, y yo tendré veinticinco millones de dólares. Dentro de un año, habrá en Mundo Feliz otra tanda de superdotados listos para ser vendidos a otro país. Y así será mientras haya países que necesiten más amplios conocimientos.

—¿Para que tanto dinero, Kind? ¿Para qué lo quiere, usted, un... ser que jamás sale a la luz del día? ¿No le basta la explotación de la «Uranium Ore Prospecting»? ¿Para qué más? ¿Por qué complicarse la vida?

—He ganado mucho dinero con esa prospección, Sebastian. Y seguramente, aún dará más dinero. Pero... me temo que el yacimiento se está agotando rápidamente. Cuando así sea, la isla será abandonada por todo el mundo, excepto por mis amigos y yo. Y aquí, con muchos millones de dólares, podré vivir como un rey en su pequeño reino, con súbditos que no se horrorizarán, porque ya están acostumbrados a mí.

—Dudo mucho que alguien pueda acostumbrarse a usted. Pero eso ya no importa. Kind. No a mí, al menos, qué muy poco voy a vivir... ¿Qué pasará ahora?

—Pues... temo que usted y la señorita Garvan van a morir. Oh, espero que eso no merme el pago de los veinticinco millones. No se puede imaginar lo que me ha costado concretar el precio con mis clientes, ya que no es dinero lo que les sobra, Pero, claro, para un caso así, les resulta fácil conseguir esa cantidad, siempre inferior a lo que costarían durante algún tiempo los sueldos normales de los superdotados que voy a venderles.

—Claro. ¿Quiénes son ellos, Kind, los compradores?

—¿Qué importa eso? No a usted, al menos. Bien, se acabó la

charla, Sebastian. Ahora los mataré a los dos por medio del cinturón, y Carla, Alberta y Odile se los llevarán de aquí. Esto es todo.

Mike Sebastian volvió ligeramente la cabeza. Tras él y Úrsula estaban, efectivamente, silenciosas, las tres mujeres, esperando. Cuando Kind hablaba, todo el mundo callaba. Recogerían sus cadáveres, los enterrarían... y eso sería todo, ciertamente...

El gman miró de nuevo hacia adelante, hacia donde, bajo la tenue luz roja, se estaba moviendo aquel ser monstruoso, sin duda hacia los mandos eléctricos que harían funcionar sus cinturones. En todo aquel sótano fabuloso a primera vista, había, ciertamente, no poco de decorado. Pero no cabían dudas de que también había aparatos reales, que funcionarían debidamente.

A menos que...

Mike Sebastian saltó, de pronto, por encima de una de las brillantes máquinas que tenía delante. Un salto increíble, larguísimo, que le llevó velozmente hacia el siniestro personaje. Las mujeres lanzaron una exclamación de aviso, matizada de incredulidad ante el pasmoso salto del federal... Kind se volvió, bamboleante, como una sombra roja y negra, grotesca, estremecedora..., y recibió encima, con todo su peso, a Mike, que lo derribó y lo aplastó con su cuerpo contra el suelo.

Kind lanzó un espantoso alarido de rabia, y sus horrendas manos se alzaron hacia los ojos de Mike, que las apartó de un manotazo fortísimo, que hizo gritar al monstruo: insistió de nuevo en sacarle los ojos a Mike Sebastian, pero éste asió aquella deforme cabeza con sus dos manos, la alzó, y enseguida la dejó caer contra el suelo, con toda su fuerza. Se oyó un seco «cloc», y Kind quedó inmóvil.

El agente del FBI se puso en pie de un salto, y apartó de un tremendo manotazo a Carla que había llegado junto a él, dispuesta a la pelea con aquel atleta que podía partirla en dos fácilmente, y que se limitó a tirarla lejos de un solo golpe. Alberta se las estaba entendiendo con Úrsula Garvan, que se había sobrepuesto a sí misma y comprendido la necesidad de colaborar con el gman.

Odile estaba llegando ante un tablero de mandos lleno de botoncitos en cuya parte derecha había una palanca interruptora, alzada. Las manos de la mujer estaban muy cerca de la palanca cuando Mike las apartó con su izquierda, mientras,

simultáneamente, lanzaba un tremendo rechazazo a la femenina mandíbula, que crujió secamente. Odile salió disparada hacia atrás, sin tocar el suelo. Cayó sobre otra máquina, y de allí rebotó al suelo, donde quedó inerte, sin duda con la mandíbula rota.

Mike se quedó ante el tablero, jadeando, contemplando con ojos desorbitados todo el conjunto de pequeños botones y diversos mandos... Todavía no sabía qué hacer cuando Carla volvía al ataque, empuñando ahora una afiladísima navaja de resorte, extraída de un discretísimo bolsillito de su bikini. La hoja brilló en rojo un instante, directa hacia la garganta de Mike que se había vuelto... Alzó el brazo, desviando el arma, y su puño derecho se hundió con escalofriante fuerza en el vientre de la mujer, que lanzó un profundo gemido, y se encogió, para recibir un tremendo zurdazo en la punta de la barbilla, que también la alzó, le hizo dar una vuelta hacia atrás, y la dejó inmóvil en el suelo. Ya sin detenerse, Mike Sebastian fue adonde Úrsula Garvan estaba llevando la peor parte en su pelea con Alberta.

La mano del federal se alzó sobre la nuca de ésta, que estaba encima de Úrsula, con evidentes intenciones de estrangularla... Y tras alzarla, la abatió con fuerza en la tostada nuca de Alberta, que cayó como fulminada sobre Úrsula.

Sin hacer caso a la pedagoga, Mike Sebastian volvió a los mandos del panel de botoncitos, los estudió apenas diez segundos, y luego tomó un destornillador, con el cual desmontó la palanca de conexión... Acto seguido, pasó detrás del panel, y comenzó a arrancar hilos, con fortísimos tirones. La máquina estaba ya neutralizada desde el momento en que había arrancado la palanca, pero quería destruirla completamente.

Cuando lo hubo hecho a su gusto, se dio cuenta de que Úrsula estaba junto a él, mirándolo asustada.

—Mike...

—Ata bien a esas tres jovencitas, faraona. Y a Kind.

—¿Con... con qué...?

—A él con sus ropas, como sea. Y a ellas lo mismo..., Quítales el bikini, y átalas bien con ellos.

—Sí... Sí, Mike...

Mientras la muchacha se dedicaba a esto, el gman buscó la radio que no podía faltar en semejante lugar. Una radio con la que, sin

duda, él podría hacer milagros. La encontró muy pronto, y tras un par de minutos de examen, comenzó a trabajar en ella, alterándola a su gusto y necesidad.

Para entonces, Úrsula Garvan estaba de nuevo a su lado, mirándole siempre con los ojos muy abiertos...

—Atención, SVA3022... Les llama Mike Sebastian, en onda convenida para esta emergencia. Atención, SVA3022, les llama Mike Sebastian. ¿Pueden oír? Cambio.

—Mike —se oyó la serena voz de Clarence Hadaway—, ¿cómo van las cosas en esa isla? Cambio.

—Ahora, muy mal, señor. ¿Nos tienen localizados a todos? Cambio.

—Desde luego. ¿Debemos intervenir? Cambio.

—Vengan hacia la isla, señor. Nosotros intentaremos alejarnos en un par de yates que hay en el embarcadero. No tengo tiempo para muchas explicaciones, ni son convenientes ahora. Solamente tengan cuidado con un yate que está rondando estas aguas. Dígame si ha entendido. Cambio.

—Entendido. Cambio.

—Lo esencial es sacar de aquí a toda esta gente, señor. Una vez nos reunamos, planearemos la parte final. Mucho me temo que esta isla sea una trampa, en su mitad no explotada. Quizá alguien pueda hacerla volar en determinado momento. Ahora, voy a hacer lo posible para que todos salgamos de ella: Es todo. Cambio y fuera.

Se apartó de la radio y fue al sistema de altavoces que podía hacer llegar la voz de Kind a toda aquella parte de la isla llamada Mundo Feliz. Consiguió inmediatamente su propósito, y empezó a hablar.

—Atención todos: les está hablando Mike Sebastian. Vamos a abandonar esta isla lo más pronto posible. Todo cuanto se les ha estado diciendo hasta ahora es mentira. El auténtico propósito era vendernos a todos por veinticinco millones de dólares. Salgan de sus barracones y corran hacia los yates. Y no teman por los efectos de sus cinturones, pues, los he anulado. Están completamente libres de acción. Eso es todo. Hasta ahora.

La voz se había oído incluso en aquella sala, en los corredores, en todas partes... El gman se apartó del micrófono, y tomó a Úrsula de un brazo.

—Los prisioneros —dijo—: hay que sacarlos de aquí faraona. ¡Corre!

Ni siquiera empezaron a correr. Afuera, en el pasillo, se oían pasos precipitados, pesados, sonoros... Y segundos después, apenas escondidos Mike y Úrsula, Paoli apareció en la sala, mirando a todos lados. Las armas, según había dicho Kind, estaban prohibidas en aquel Mundo Feliz; pero ciertamente, lo que empuñaba Paoli no podía ser otra cosa que una metralleta.

—¡Señor! —llamó—. ¿Dónde está? ¿Qué...?

Debió ver a Kind a las muchachas, tendidas en el suelo porque se calló de pronto, y de nuevo resonaron sus pasos. La mano derecha de Mike Sebastian se crispó sobre el destornillador, lentamente. Oyó la exclamación de Paoli y se lo imaginó poniéndose en pie rápidamente, alarmado, mirando hacia todos lados en aquella rojiza, escasa claridad, lista la metralleta. El gman hizo un gesto de silencio a Úrsula, y se deslizó hacia la derecha, silenciosamente, por detrás de los aparatos falsos y verdaderos.

Se asomó cautelosamente, y vio a Paoli de lado, describiendo una lenta vuelta sobre sí mismo, buscando... Paoli lo vio, pero un segundo tarde.

Para entonces, la mano derecha del gman se había movido hacia delante, con fuerza lanzando el destornillador. Mejor habría sido la navaja de Carla, pero había quedado fuera de su alcance al esconderse precipitadamente... De todos modos, el resultado fue el conveniente.

Paoli lanzó un agudo grito cuando el destornillador se clavó en su vientre. Se encogió bruscamente, dio un salto, y cayó al suelo, encogido dolorosamente. Mike Sebastian corrió hacia la metralleta, la recogió...

—¡Úrsula!

La muchacha salió corriendo, se juntaron sus manos, y salieron a toda velocidad de aquella sala complicada y siniestra...

No debían estar muy lejos de allí cuando, por encima de los gemidos de Paoli, se oyó la voz de Kind crispada, llamándolo:

—Paoli... Haz un esfuerzo... Tienes que desatarme. Acércate a mí, como sea... Arrastrándote... Ven hacia aquí, Paoli...

Bastaron dos disparos en cada puerta para que los prisioneros pudieran salir de sus respectivas celdas. Mike Sebastian colocó de

nuevo el arma en tiro ametrallador, y señaló hacia la grieta que los llevaría al remanso del riachuelo.

—Afuera... No hay tiempo ni para hablar... Todos afuera.

Roscoe Landing fue el primero en echar a correr. La perspectiva de reanudar su luna de miel no debía parecerle precisamente mal. Uno a uno, fueron pasando por la grieta, abandonando aquellos laberintos.

La penúltima fue Ursula Garvan, cuando ya se oía la veloz carrera de alguien que llegaba a la explanada de las celdas. Apenas había dado dos pasos, y volvió sobre ellos, asustada.

—Mike, parece...

—Sal de aquí. Yo te seguiré enseguida.

—Sería mejor...

—¡Vete!

La empujó, se colocó en la grieta, y espero... apenas durante cinco segundos. Jurgén y Atkinson aparecieron en la explanada, con sendas metralletas en sus manos. Vieron las puertas de las celdas abiertas, y en el acto miraron hacia la grieta...

—Suelten sus armas —dijo Mike, asomando tan sólo medio rostro y la metralleta—. Todavía pueden...

Tuvo que encogerse precipitadamente, para evitar las ráfagas. Las balas rebotaron en la roca, llenando el recinto de silbidos y vibraciones de rebotes de todas clases y tonos.

Atkinson tuvo la desafortunada creencia de que el gman se limitaría a quedar encogido en el pliegue de las rocas, o quizá que habría optado por la huida, y buscó una posición más favorable para disparar hacia la grieta... Más favorable para disparar, pero mucho menos favorable para vivir: la cortísima ráfaga de Mike Sebastian le alcanzó de lleno en el pecho, lo alzó, lo derribó rodando por el suelo, gritando, aullando...

Y sin transición, el agente del FBI saltó fuera de la grieta, desconcertando a Jurgén que lanzó un grito al ver aparecer a Mike como lanzado hacia la explanada... Su grito fue cortado por la siguiente ráfaga disparada por Mike, que, igual que a Atkinson lo tiró lejos, rodando, con el pecho lleno de balas.

Mike Sebastian quedó entonces inmóvil, pálido, disgustado. No le gustaba aquello. Tiró la casi descargada metralleta contra el suelo, con rabia, y corrió a la salida.

Se veía gente en los dos yates, e incluso en el embarcadero. La mayoría estaban desconcertados. Las lindas muchachas que debían ser la base en aquel nuevo mundo prometido por Kind eran las más desconcertadas. Por lo menos, parte de ellas, que debían encontrarse a su gusto en Mundo Feliz.

—¡Todos a los yates! —gritó Mike—. ¡No sé cómo, pero esta parte de la isla puede ser volada de un momento a otro!

Hubo una desbandada hacia los yates de las personas que quedaban en el embarcadero. Pavel Nikov apareció ante Mike, sonriendo simpáticamente.

—Lo sospechaba: eres un agente americano. ¿De la CIA o del...?

—Pavel: ¿sabes gobernar un yate?

—Desde luego.

—Tú te encargas de aquél, en ese caso. ¡Deprisa!

—¿Del FBI quizá, Mike?

Mike Sebastian casi consiguió sonreír.

—Recorre a tus matemáticas y cálculos de probabilidades, Pavel: quizá encuentres la respuesta.

El ruso sonrió de nuevo, encogió los hombros, y se fue hacia el yate que debería capitanear, según las instrucciones de Mike Sebastian. En pocos minutos, ambas embarcaciones estaban navegando mar adentro. El tiempo justo de conseguir en ambas sendos puentes eléctricos que salvaban la desconexión de las baterías...

Apenas habrían recorrido una milla cuando vieron aparecer el otro yate. Era bastante más grande que los de Kind, y aunque su velocidad quizá era inferior, podría cortarles el paso si llevaba armas de tiro largo, ya que cerraba la ruta hacia el continente australiano.

—Mike, ese yate... —empezó Úrsula.

—Debe ser el de los compradores. De ahí vinieron los hombres-rana, evitando contactos por radio que podían haber sido detectados por alguien. Seguramente, han comprendido que la no comparecencia de uno de los hombres que enviaron a la isla se debe a motivos serios, que deben ser indagados.

—Oh, Mike... ¿Qué ocurrirá ahora?

—No sé —sonrió el gman—... Quizá se entable una pequeña batalla naval. Es de esperar que Hadaway venga preparado para

una emergencia semejante, sobre todo después de mi aviso de que había un yate enemigo rondando estas aguas.

—¿Quién es Hadaway?

—Ya lo conocerás. Presumo que viene a toda velocidad... A menos que aquellas dos lanchas no tengan nada que ver con él.

Señaló con la barbilla un poco hacia la derecha. Úrsula miró hacia allá, y, más atrás del yate que les cortaba el paso, vio las luces rojas de dos embarcaciones blancas, de poco tamaño, pero cuya velocidad iba a resultar muy conveniente.

Mike Sebastian desvió la marcha del yate, esperando que Pavel Nikov comprendiera que debía hacer lo mismo, navegando tras él. Y así fue.

Mientras tanto, las dos veloces lanchas se habían acercado mucho al otro yate, que se estaba colocando de flanco... Casi al mismo tiempo que de las dos lanchas brotaban las largas luces de sus reflectores hacia el yate grande, de éste brotaban dos pequeños cañonazos, que envolvieron en espuma a las recién llegadas embarcaciones. No cabía duda de que los ocupantes del yate sabían muy bien a quienes debían atender primero.

Pero tampoco cabía duda de que equivocaron la táctica con vistas a su supervivencia. Estaban lanzando sus segundos disparos hacia las lanchas cuando de cada una de éstas brotaron dos pequeños fogonazos... Lo primero que estalló del yate grande fue la proa y el centro. Apenas un segundo más tarde, los otros dos impactos daban en popa... y una enorme llamarada brotó de allí, envuelta en una espesa columna de humo negro, mientras el yate saltaba en pedazos, enviándolos a su alrededor; la mayor parte de ellos ardiendo... Hubo otra segunda explosión, y en pocos segundos, de los restos del yate sólo quedaron algunos tablones y planchas de madera, flotando en las agitadas aguas que formaban un remolino ardiente.

—Una batalla naval muy corta —musitó Mike Sebastian—... Pero ellos fueron quienes escogieron las armas y la clase de pelea. Estoy seguro de que a Clarence Hadaway tampoco le ha gustado tener que hacer eso.

Clarence Hadaway estaba abiertamente sombrío cuando subió al yate que capitaneaba Mike Sebastian. Tras él subieron dos hombres más, mientras la otra lancha se colocaba junto al yate que tripulaba

Pavel Nikov.

Bienvenido, señor estrechó su mano Mike Sebastian.

—¿Todos están bien. Mike?

—Los que estamos vivos, sí.

—Entiendo. Es una lástima que no sepamos quiénes eran los ocupantes de ese yate. ¿O usted sí lo sabe?

—No señor, lo lamento. Sólo sé que querían comprar un magnífico lote de seres humanos superdotados por veinticinco millones de dólares.

—La idea no es mala. Pero después de lo sucedido, no creo que podamos pedir cuentas a ningún país. ¿Alguna idea...?

—No señor. Yo diría que eran asiáticos. Al menos, lo era el hombre rana que tuve que matar. Pero pudo muy bien ser un simple... empleado.

—Claro. Bien yo creo...

—¿Él es Hadaway? —preguntó Úrsula.

—Oh sí... Él es... el señor Hadaway, un buen amigo y compañero de trabajo. Esto... Trabajamos en una oficina los dos...

—¡En una oficina! —exclamó la muchacha.

—Bueno, en un Bureau. Más o menos es lo mismo. Clarence Hadaway sonrió, estrechando la manita de la muchacha. Luego, señaló hacia la isla.

—Creo que deberíamos acercarnos unos cuantos de nosotros, Mike. Quizá encontremos algo que sea interés.

A milla y media de ellos, la isla, la mitad llamada Mundo Feliz explotó de pronto, violentísimamente. Fue como la erupción de un volcán, lanzando tierra y fuego a su alrededor... Una llamarada alta, brillante, que iluminó el mar en varias millas a la redonda, que estremeció el resto de la isla...

—¿Decía usted algo, señor? —sonrió tristemente Mike.

—No... No decía nada, Mike. Regresemos al continente. Queda mucho trabajo por hacer, todavía.

ESTE ES EL FINAL

—Bien —suspiró Clarence Hadaway, cansado después de los últimos días—... Todo está arreglado, Mike. Definitivamente. Cada uno en su país, todos contentos, algunos escarmentados... ¿Qué pensáis hacer ahora?

Mike Sebastian Y Úrsula Garvan se miraron, sonrientes.

—¿Estoy ya libre? —preguntó Mike—. ¿Ya puedo salir de vacaciones? ¿No se me necesita para nada más?

—Para el asunto de Mundo Feliz, no —sonrió Hadaway—. Supongo que pensáis casaros, y vivir en esta linda casita... ¿Os vais a casar o no?

—¡Ahora mismo! —aulló Mike—. ¡Estaba esperando saber que podía marcharme, tenemos la licencia, los testigos esperando hace cinco días, el equipaje preparado...! ¡Nos vamos a casa ahora mismo, señor! Y luego, nos iremos a disfrutar una estupenda luna de miel.

—Magnífico —aprobó Clarence—. ¿Recuerdas la primera vez que estuve aquí, Mike? Por cierto ¿cómo va el televisor?

—Todavía funciona —rió Mike.

—Bueno... Es formidable, ¿verdad? Los agentes del FBI hasta sabemos meterle mano a un aparato de éstos y que todavía funcione... ¿A que lugar vais de luna de miel?

—A Miami... Y dentro de dos semanas, a Ciudad Méjico.

—¿A Ciudad Méjico? ¿Qué se os ha perdido allí?

—Pavel Nikov está participando en un campeonato mundial de ajedrez. Habrá que darle ánimos.

—Esperemos que no sea un espía soviético. Mike.

—No señor. Él sabe, se enteró finalmente, de que yo pertenezco al FBI. Pero jamás me perjudicará en nada. Los de aquel Mundo

Feliz, en general, llegamos a estimarnos sinceramente.

—Ya lo veo —masculló simpáticamente Clarence, observando la impaciencia de ambos—... Felicidades y hasta otra. No... No digáis nada. Me voy y eso es todo. Adiós.

Y se fue. Eso fue todo.

Mike Sebastian abrazó fuertemente a Úrsula, y la besó en los labios, hasta quedar sin respiración.

—De... monios —jadeó—. Resistes que da gusto, faraona. Por cierto, si prefieres que vayamos a Egipto, a buscar a Tutankamon...

—Decididamente —musitó dulcemente la muchacha— prefiero a los seres vivos. Mike Sebastian... Siempre y cuando me demuestren que en efecto, están vivos...

—Pues allá voy...

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...